

Albena Azmanova

Profesora de Política y Ciencia Social. City University of London. Northampton Aquare EC1V 0HB London, UK +44 (0)7405937613 albena.azmanova@city.ac.uk

Textos traducidos

- 1.- Una metacrisis del capitalismo (2020)
- 2.- Postcapitalismo: El retorno de la crítica radical (2021)
- 3.- Seis maneras de malinterpretar la precariedad: Reflexiones sobre la angustia social y su descendencia política (2022)
- 4.- Democracia con visión de futuro: la clave para una transición socialmente sostenible en Europa (y más allá) (2023)
- 5.- Política radical frente a la «paradoja de la emancipación» (2024)

Albena Azmanova es una teórica política y filósofa social conocida por sus contribuciones a la crítica del capitalismo, la justicia social y la teoría democrática. De origen búlgaro, ha desarrollado una carrera académica internacional, combinando perspectivas europeas y angloamericanas en su trabajo. Azmanova se doctoró en Ciencias Políticas en la Universidad de Notre Dame (EE.UU.) y ha impartido clases en prestigiosas instituciones como: Universidad de Kent (Reino Unido), donde fue profesora asociada; Instituto Universitario Europeo (EUI) en Florencia; Universidad Libre de Bruselas (ULB) y City University of London. Su investigación se centra en la intersección entre economía política, justicia social y democracia, con un enfoque crítico hacia las desigualdades estructurales del capitalismo contemporáneo.

Principales obras:

Capitalism on Edge: How Fighting Precarity Can Achieve Radical Change Without Crisis or Utopia (2020, Columbia University Press).

The Scandal of Reason: A Critical Theory of Political Judgment (2012, coeditado con Mihaela Mihai).

Artículos académicos en revistas como Political Theory, Journal of European Public Policy y Social Research, donde aborda temas como: Justicia económica y políticas de precariedad; Crisis de la socialdemocracia europea; teoría crítica y neoliberalismo.

Azmanova se inspira en la Escuela de Frankfurt y en teóricos como Jürgen Habermas y Nancy Fraser, pero desarrolla un enfoque original que combina teoría crítica con análisis empírico. Plantea que la lucha contra la desigualdad debe centrarse en reformas estructurales más que en redistribución clásica.

1.- Una metacrisis del capitalismo (2020)

Digithum, No. 27 (January 2021) | ISSN 1575-2275 A scientific e-journal coedited by UOC and UdeA

Enclavada en la periferia de la Unión Europea y a las puertas de la autoconciencia europea se encuentra la hermana pequeña de Brasil¹, Bulgaria, un país “políticamente inestable, económicamente frágil y completamente neurótico” (y con una intensidad intelectual y un sentido de la alegría de vivir comparables). Al igual que Brasil, Bulgaria es nominalmente democrática pero está gobernada por un bruto autocrático a la cabeza de una estructura económica oligárquica que penetra en el Estado. Es aquí, en el verano de 2020, donde compongo mis reflexiones sobre la disyuntiva propiciada por Covid-19.

Mientras escribo, el país está inundado de protestas antigubernamentales contra los privilegios sociales y el poder político de los oligarcas, que han convertido a Bulgaria en un caso de libro de texto de “captura del Estado” (es decir, la captura de las instituciones estatales por la mafia). Esto me lleva a discernir un elemento que podría ser útil para el análisis de la disyunción, centrado en los acontecimientos que desorganizan el sistema y en su interés por la relación entre acontecimiento y estructura: una anomalía aparente debería servir como punto de entrada empírico del análisis. Al mismo tiempo, la crítica persigue los motores estructurales de la crisis y la transformación de un sistema social. La anomalía que tengo en mente es la siguiente:

No sólo aquí, en la periferia geográfica y política de Europa, sino también en el infame “núcleo” –Europa Occidental y Estados Unidos–, la muerte y la devastación económica que ha generado la pandemia no desencadenaron protestas sobre cuestiones tan básicas como el empobrecimiento y la pérdida de empleo, como habían hecho los Chalecos Amarillos en Francia, como reacción a las políticas de austeridad de la crisis financiera posterior a 2008. Esta reacción era de esperar. El Banco Central Europeo anunció que Europa ha entrado en su mayor crisis económica en tiempos de paz, mientras que el Banco de la Reserva Federal informa del peor descenso de la producción y el empleo en 90 años. El Banco Mundial advierte de que el mundo está al borde de la depresión más profunda desde 1945, con hasta 60 millones de personas empobrecidas. Y, sin embargo, la erupción del descontento popular en medio de la pandemia de Covid tomó una forma no económica, preocupaciones de “pan y mantequilla”, sino de “cuestiones de dignidad humana”: racismo y violencia policial en la

Estados Unidos y Europa Occidental, y la corrupción y los privilegios en la periferia oriental de Europa (Azmanova, 2020a). Antes de que estallaran estas protestas, se había hablado mucho de la creciente desigualdad. Sin embargo, las insurrecciones actuales no cuestionan la distribución de la riqueza, sino algo menos tangible: la naturaleza del gobierno político. Para comprender lo inusual de esta situación, podemos recordar la ecuanimidad con la que los habitantes de las democracias liberales reaccionaron ante la crisis económica que siguió al

¹ El texto aparece en una publicación de coedición brasileña. [N. trad.]

colapso financiero de 2008. Incluso en sus iteraciones más notables (los movimientos Occupy en Nueva York y otros lugares, la agitación de los Indignados en España, las protestas de los chalecos amarillos en Francia), estos movimientos expresaban frustraciones con el orden existente, pero eran decididamente no radicales: como el famoso eslogan de los Indignados españoles, “No estamos contra el sistema. El sistema está contra nosotros”. Se trataba de un alegato a favor de un sistema más inclusivo y justo, no de su revisión total.

La naturaleza moderada de la protesta pública durante la década que será recordada como la Gran Recesión es un elemento de lo que he llamado una “metacrisis del capitalismo” (Azmanova, 2020b) – una estado de inflamación, fiebre baja prolongada y ansiedad persistente que no es una verdadera crisis, ya que no conlleva ninguna de tres salidas típicas de una crisis: muerte, normalización o transformación radical. Una década después del colapso financiero de 2007-2009, la economía capitalista se había recuperado. Sin embargo, nuestras sociedades no habían recuperado su sentido de la normalidad y abundaban los discursos sobre la crisis, aunque sin perspectivas tangibles de una transformación radical. Para explicar el fenómeno de la metacrisis, yo había sugerido que la inseguridad económica masiva (precariedad) que el capitalismo globalmente integrado había infligido al 99%, combinada con la falta de utopías plausibles, está desencadenando instintos conservadores, incluso reaccionarios: el miedo a la libertad, más que el deseo de un cambio radical, ha sido el estado de ánimo predominante en las democracias capitalistas. ¿Podría ser que Covid esté poniendo fin a la metacrisis y abriendo un camino para movilizaciones genuinamente emancipadoras del tipo que estamos presenciando ahora? ¿Por qué la gente arriesga su vida (ya que las reuniones públicas aumentan la probabilidad de contaminación) para protestar por el fracaso de las democracias liberales a la hora de cumplir las normas de un gobierno político decente? ¿Podría interpretarse esto como una revuelta contra el capitalismo neoliberal más allá de la frustración por sus injustos resultados distributivos? Obsérvese que las protestas contra la desigualdad y los llamamientos a la redistribución no son antisistémicos por naturaleza, ya que respaldan tácitamente la riqueza y, por tanto, el proceso de generación de riqueza, porque la riqueza no se crea en el vacío).

Supongamos que existe una conexión causal entre las actuales pro- pruebas y el gobierno neoliberal. En ese caso, podría ser la siguiente: el capitalismo neoliberal global, con sus intensas presiones competitivas, la disminución de la red de seguridad social y la reducción del sector público, ha atrapado a todos -ricos y pobres, trabajadores bien formados y poco cualificados, hombres y mujeres por igual- en la “economía siempre activa”. Este atrapamiento económico en un ajeteo económicamente precario nos ha obligado a centrarnos principalmente en las consideraciones a corto plazo de ser empleables y mantener el empleo, minando las energías sociales creativas y dominando nuestro sentido de la injusticia con ansias conservadoras de estabilidad. El cierre nos liberó de la “economía siempre activa”. Al mismo tiempo, quedó claro que el gran precio económico que están pagando nuestras sociedades por hacer frente a la pandemia tiene mucho que ver con los fallos del gobierno político, con el hecho de que las élites políticas que se sirven a sí mismas han abandonado durante mucho tiempo los preceptos del gobierno responsable en interés público. Estas élites recurrieron a medidas autocráticas fáciles (desde ordenar el bloqueo hasta levantarlo para reiniciar la economía), que eran más bien una forma de fingir liderazgo sin asumir responsabilidades: la responsabilidad de crear capacidad sanitaria pública y ponerla a disposición de todos, de proteger la ciencia del imperativo del beneficio, de hacer que la economía funcione para todos los ciudadanos y de proporcionar una vida digna. Tal vez sea esto de lo que tratan las protestas actuales: un llamamiento a gobernar con responsabilidad social y a poner fin a la pandemia de la precariedad (Azmanova, 2021).

2.- Postcapitalismo: El retorno de la crítica radical (2021)

Azmanova, Albena (2021) Postcapitalism: The Return of Radical Critique. En: Routledge International Handbook of Contemporary Social and Political Theory, ed. por Gerard Delanty y Stephen P. Turner. Routledge, UK, pp. 522-530.

A finales del siglo XX, Nancy Fraser formuló la agenda global de la política progresista como un triple compromiso con la redistribución, el reconocimiento y la participación (Fraser 1998). Estas estrategias de lucha contra la desigualdad económica, las jerarquías de estatus y la subordinación política aspiraban a una revisión democrática del capitalismo, no a trascenderlo. La alineación propuesta entre las cuestiones de injusticia económica, política y cultural constituyó, sin embargo, un giro radical en el análisis social crítico. Fue un paso decisivo para superar el giro cultural de la crítica social que, con la desaparición del comunismo, el auge de la ideología del libre mercado y el auge de las “políticas de identidad”, había marginado las reivindicaciones de redistribución igualitaria. Inadvertidamente, la sustitución del compromiso marxiano con la economía política del capitalismo por la preocupación por la lógica cultural de la deshumanización había impulsado el capitalismo neoliberal, flexible y “en red”, afirmaban Luc Boltanski y Eve Chiapello (2005 [1999]). El neoliberalismo ha estado animado por un ethos que celebra la autorrealización a través de la autonomía y la iniciativa personales, cooptando las corrientes libertarias y humanistas de finales de la década de 1960 para los fines de la acumulación interminable de capital (ibid).

La hegemonía del capitalismo neoliberal había sido presagiada por una condición que Jürgen Habermas identificó como un “agotamiento de las energías utópicas” en las sociedades occidentales: el desvanecimiento de las anticipaciones de una vida alternativa contenida en el presente. En el capitalismo tardío, observó, aunque las proyecciones utópicas del presente hacia un futuro mejor no han desaparecido del todo, una utopía en particular ha llegado a su fin, a saber, la utopía socialista centrada en la emancipación del trabajo del control extranjero (Habermas 1991[1984]:50, 52-53).

El aumento de las disparidades económicas a finales del siglo XX y la recesión de la segunda década del siglo XXI, decididamente volvieron a centrar la atención pública en la injusticia económica. Con ello, comenzó una recuperación de la crítica intelectual y la crítica social del capitalismo, que ha engendrado una pléthora de anteproyectos para trascender el capitalismo - desde Post-Capitalism: A Guide to Our Future (2017) de Paul Mason y su Clear Bright Future (2019) hasta Fully Automated Luxury Communism: A Manifesto (2020), de Aaron Bastani. En lugar de ofrecer un inventario de los imaginarios poscapitalistas que han surgido desde el eclipse del giro cultural, este capítulo repasará las corrientes de la crítica reciente del capitalismo y evaluará su valía para trazar un camino más allá del capitalismo.[1]

La matriz marxiana de la crítica emancipadora

La crítica social emancipadora ha heredado de Karl Marx, a través de Georg Lukács y los autores de la Escuela de Frankfurt, una amplia matriz para el análisis del capitalismo como formación social, es decir, un sistema global de relaciones sociales, un orden social institucionalizado que es irreducible a una “economía de mercado”[2]. Este orden social está conformado por la lógica operativa del sistema, a saber, la producción competitiva de beneficios (acumulación de capital). La dinámica sistémica de la acumulación de capital se promulga a través de instituciones que estructuran las relaciones sociales: la propiedad privada de los medios de producción, el contrato de trabajo “libre” y el mercado como mecanismo de intercambio de mercancías. A su vez, estas dinámicas estructuradas garantizan resultados distributivos específicos en forma de desigualdades y exclusión. Juntas, estas tres trayectorias de dominación -una sistémica que se origina en la dinámica constitutiva del sistema, una estructural que se origina en las instituciones sociales con efecto estructurador, y una relacional relativa a los resultados distributivos- componen todo el espectro de la crítica al capitalismo (Azmanova 2020).

Mientras que el análisis de Marx del capitalismo industrial del siglo XIX se había centrado en la explotación como forma de dominación estructural (posibilitada por la institución de la propiedad privada de los medios de producción) y en la alienación como forma de dominación sistémica (arraigada en la dinámica de la acumulación de capital), la crítica social emancipadora de finales del siglo XX permaneció en el ámbito de la dominación relacional, ya que se centraba en la preocupación por la distribución desigual del poder arraigada en la desigualdad económica, la exclusión política o la discriminación cultural.

Intelectual y políticamente, la empresa crítica del capitalismo tardío se dirigió contra la distribución desigual del poder, centrándose en las disparidades de estatus social, voz política y acceso a los recursos. Estas desigualdades debían remediarse mediante la redistribución, la inclusión política, la igualdad de oportunidades y el reconocimiento cultural. Entonces, por el peso de la hegemonía neoliberal en los ochenta y en los noventa, la crítica del capitalismo se redujo a formas relacionales de injusticia: desigualdad, pobreza y exclusión resultantes de la injusta distribución de los recursos materiales e ideacionales. Las cuestiones de la explotación y la alienación, arraigadas respectivamente en las lógicas estructurales y sistémicas de la dominación, prácticamente habían desaparecido[3].

El eclipse de la política identitaria

El renacimiento de la crítica radical tiene su origen en la preocupación por la dominación relacional. En un esfuerzo por redimir las formas radicales de crítica dentro de un Zeitgeist que había equiparado la redistribución con la política económica progresista, Fraser (1998:26) estableció la distinción entre redistribución “afirmativa” y “transformadora”. Mientras que la primera equivale a transferencias de ricos a pobres, la segunda consiste en políticas que desvinculan el consumo básico del empleo: desde programas universalistas de bienestar social y una fiscalidad fuertemente progresiva, hasta un amplio sector público no sujeto al mercado y una propiedad pública o colectiva significativa. La noción de “redistribución transformadora”, que coincide con trabajos anteriores sobre la desmercantilización del trabajo (cf. Offe 1984), alteró el registro de la crítica al capitalismo. La atención comenzó a alejarse de la dominación relacional que percibe la injusticia en términos de asimetrías de poder para cuestionar los parámetros

sociales más amplios, del capitalismo como un orden social institucionalizado (Fraser 2014, 2015), o una “forma de vida”, un conjunto de prácticas sociales y culturales normativamente estructuradas (Jaeggi 2014, 2015).

La crisis financiera de 2007-2008 y la posterior recesión económica devolvieron la crítica de la economía política al análisis social. La prolongada crisis social de la primera década del siglo XXI generó diagnósticos de una crisis terminal del capitalismo y la búsqueda de alternativas radicales, en lugar de domesticar el capitalismo mediante su democratización y humanización. Wolfgang Streeck (2014, 2016) observó que bajo las presiones de un crecimiento decreciente, la oligarquía, la inanición de la esfera pública, la corrupción y la anarquía internacional, el sistema capitalista ha entrado en un declive terminal; argumentó que las medidas paliativas como la redistribución y la regulación financiera no pueden hacer más que retrasar su desaparición final. Slavoj Žižek (2018) afirmó que el capitalismo global está a punto de desaparecer por completo bajo la insostenible levedad de la automatización del trabajo, el auge del trabajo inmaterial e intelectual, la virtualización del dinero y la disipación de las comunidades de clase. Estos diagnósticos de la desaparición terminal del capitalismo se basan en la posición de larga data del ecosocialismo de que, incluso en nuestra era de la tecnología de la información “no material”, el capitalismo sigue dependiendo de recursos que pronto se agotarán (Sarkar 2014).

La reciente búsqueda de alternativas al capitalismo se vio facilitada por las alteraciones del orden neoliberal provocadas por las protestas antisistema tras la crisis económica de 2008-2009. Aunque protesta pública no alteró la fórmula política neoliberal, puso fin a la hegemonía neoliberal al cuestionar la combinación de políticas neoliberales de libre mercado y economías abiertas como única vía política creíble. Cuando las insurgencias antisistema, incluida la movilización populista de extrema derecha, levantaron el velo de inevitabilidad que había permitido la hegemonía neoliberal, abrieron lo que Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (2001[1985]:49) han llamado un “espacio de indeterminación”, la posibilidad de cambio sin una dirección preestablecida. Con el horizonte de anticipaciones así desbloqueado, la búsqueda de alternativas ha abarcado desde proyectos para radicalizar la democracia ampliando la igualdad económica y la inclusión política para desafiar las relaciones de subordinación (Mouffe 2018) - aún dentro de una lógica de contrarrestar la dominación relacional- hasta anteproyectos para un socialismo y un comunismo renovados (por ejemplo, Honneth 2016; Ingram 2018; Piketty 2019; Judis 2020; Dean 2020).

El retorno de la crítica estructuralista

La crítica radical del capitalismo y las alternativas que articula han tendido a proceder como análisis de la dominación estructural. La crítica del capitalismo neoliberal suele centrarse en las instituciones estructurantes de las iteraciones nacionales y mundiales del capitalismo, desde las formas de control del capital (por ejemplo, centrándose en la financiarización de la economía) hasta el “consenso de Washington”, la fórmula política de liberalización de los mercados de productos y de trabajo utilizada por las instituciones financieras con sede en Washington en un esfuerzo por imponer un modelo de desarrollo en el mundo. Se considera que estas instituciones estructurantes engendran la injusticia de la pobreza, la desigualdad económica, las condiciones de trabajo perjudiciales y la destrucción del medio ambiente. Por lo tanto, para percibir el espectro completo de la injusticia que se produce en la economía mundial, David Ingram (2018) sostiene que debemos tener en cuenta la naturaleza coercitiva del orden económico mundial, no solo los desafortunados resultados distributivos que este orden engendra. Ingram parte de la idea de que

el capitalismo es un sistema sociopolítico centrado en la estructura de la propiedad privada de los medios de producción, instituida en la separación legal entre capital privado y trabajo social (ibíd.: 205). Enfoca el subdesarrollo sobre todo como el resultado de una coerción social endógena al entorno estructurado de la economía global, un entorno que reprime la libre agencia. La coerción social, así entendida, es una función de la incapacidad estructural de la agencia de los pobres, que los hace más vulnerables a la coerción económica y política (ibíd.: 190).

Las críticas estructuralistas al capitalismo neoliberal suelen buscar soluciones en el ámbito del socialismo democrático. Por lo tanto, mantener el enfoque analítico en las dinámicas estructurales que producen desigualdades ha llevado a Axel Honneth a conceptualizar la “libertad social” (en contraste con la autonomía del individuo) como la libertad realizada junto con otros, una noción similar a la “igualdad- libertad” de Etienne Balibar (Honneth 2016; Balibar 2014). Esto ha abierto nuevos caminos al socialismo como una alternativa viable al capitalismo, que debe obtenerse a través de un novedoso experimentalismo histórico que va desde los fondos de solidaridad hasta la socialización del mercado desde abajo a través de una renta mínima garantizada (Honneth 2016: 62, 70-71).

En un análisis representativo de un consenso emergente en la izquierda, David Ingram concluye su exhaustivo escrutinio del capitalismo global propugnando una economía socialista de mercado compuesta por cooperativas controladas por los trabajadores y la eliminación de la separación legal entre el capital privado y el trabajo social (Ingram 2018: 205)⁴. En una línea similar, dentro de una crítica estructuralista del capitalismo como sistema económico definido por el intercambio de mercado, la propiedad privada de los medios de producción y el empleo de asalariados, Erik Olin Wright revisa los caminos disponibles hacia el poscapitalismo (Wright 2019). Evalúa cinco “lógicas estratégicas” para la movilización anticapitalista -destrozar, dismantelar, domesticar, resistir y escapar del capitalismo- que apuntan a cambios dentro de estas estructuras centrales del capitalismo y/o neutralizan los daños producidos por estas estructuras. Estas estrategias se llevan a cabo a través de iniciativas ascendentes, centradas en la sociedad civil, de resistencia y huida del capitalismo, o a través de estrategias descendentes, centradas en el Estado, de domesticación y dismantelamiento del capitalismo. Wright aboga por una sexta configuración estratégica: erosionar el capitalismo mediante la construcción persistente de relaciones económicas más igualitarias, democráticas y participativas. Con ello se pretende desplazar finalmente al capitalismo de su papel dominante en el sistema. Dentro de este registro analítico, Thomas Piketty (2019) ha abogado por el “socialismo participativo”, que se obtendría mediante una reforma gradual del capitalismo a través de una mayor representación de los trabajadores en los consejos de administración de las empresas, una renta básica y una “dotación de capital” para cada ciudadano, financiada mediante un aumento de los impuestos sobre la riqueza.

Mientras Marx discutía el capitalismo como un sistema de relaciones sociales organizadas en torno a la producción de mercancías (es decir, un sistema centrado en la generación de bienes producidos para su intercambio en el mercado con vistas a obtener beneficios), la mayoría de los debates contemporáneos sobre el capitalismo se centran en las instituciones que estructuran este proceso, a saber, el mercado, el trabajo asalariado y la propiedad privada de los medios de producción. Tales análisis ven la superación definitiva del capitalismo como una cuestión de trabajo socializado. Sin embargo, este escenario familiar de la política progresista es inadecuado para las exigencias de nuestro momento histórico.

Este es el caso porque, incluso si se lograra la agenda supuestamente radical de erradicar la propiedad privada del capital productivo, esto no eliminaría automáticamente las formas extractivas y destructivas en que se produce y consume la riqueza. Algunas de las injusticias sociales más graves de nuestro tiempo -la precariedad social generalizada y la devastación

medioambiental- no son consecuencia de la distribución desigual de la riqueza o de la naturaleza privada del control del capital (es decir, de las instituciones estructurantes del capitalismo y sus resultados distributivos), sino de la propia dinámica que constituye el capitalismo, a saber, la búsqueda del beneficio. Como dejó claro el experimento con el socialismo de Estado en Europa Central y Oriental, las sociedades en las que los medios de producción se poseen colectivamente y los recursos se distribuyen de forma relativamente equitativa pueden seguir llevando a cabo prácticas perjudiciales para los seres humanos, sus comunidades y el entorno natural. Además, la profundización de la integración del mercado mundial a finales del siglo XX ha incrementado las presiones competitivas de la acumulación de capital, ya que el sustento personal depende cada vez más de la participación satisfactoria en actividades generadoras de beneficios. Estas presiones competitivas someten incluso a las formas solidarias de propiedad del capital (como las cooperativas y las empresas sociales) a la lógica de la acumulación de capital.

En el contexto actual, la proliferación de formas de propiedad y de tenencia profesional han reducido la relevancia de la propiedad en la estratificación social. El mero hecho de que las pensiones de jubilación de los trabajadores tiendan a invertirse en bolsa hace que los trabajadores dependan personalmente de las fortunas de las empresas mundiales. Esta complicidad con el afán de lucro no hará sino acentuarse en caso de que los trabajadores estén sistemáticamente representados en los consejos de administración de sus empresas o incluso obtengan la plena propiedad de las mismas.

La deficiencia de los análisis que se centran en las formas relacionales y estructurales de la injusticia suele residir en su dependencia de una noción agencial del poder, es decir, el poder se considera un atributo de los actores individuales o colectivos. Esto impide a los críticos percibir la injusticia de la dominación sistémica, es decir, la dominación resultante de la subordinación de todos los actores a la dinámica constitutiva del capitalismo, incluidos los que se benefician de la distribución estructurada e institucionalizada de beneficios y pérdidas. Esto hace que el análisis sea ciego ante formas sistémicas de injusticia como la precariedad generalizada, la automercantilización y la alienación de la propia vida laboral. Sin embargo, estas formas de sufrimiento están en el centro de la justicia social de nuestro tiempo: son lo que agravia al 99% (Azmanova 2020).

Así como el capitalismo no puede reducirse a una economía de mercado, es igualmente irreductible a sus instituciones estructurantes; es ante todo un sistema social constituido por la búsqueda competitiva del beneficio, es decir, por la combinación entre un ethos de competencia, la búsqueda del beneficio como motivación de la práctica económica y el carácter productivista del empleo. Estas dinámicas impregnan la existencia social de los actores y arraigan su racionalidad. No tenemos motivos para confiar en que la toma de decisiones democrática, institucionalizada en sistemas políticos y formas de propiedad democráticas, no se comprometa con estas dinámicas y se vea atrapada por ellas. La socialización de los activos productivos no es lógicamente incompatible con, o impermeable a, la propia dinámica constitutiva del capitalismo: la producción competitiva de beneficios. En vista de las exigencias de nuestro tiempo, esto significa que ni la agenda socialdemócrata tradicional de redistribución ni la agenda socialista de eliminación de la propiedad privada constituyen una crítica radical del capitalismo, capaz de trazar una salida del mismo.

El vigor y la escasez de la crítica sistémica

En los análisis del impacto del capitalismo en la democracia ha surgido una poderosa corriente de crítica sistémica del capitalismo. En la medida en que la calidad de la democracia como sistema político de autoautoría colectiva depende no sólo de la solidez de las instituciones, sino también de las peculiaridades del demos, es necesario cuestionar la forma en que la dinámica socioeconómica afecta a los sujetos en su existencia individual y en su convivencia social.

Desde una de elección racional, Claus Offe (2013) ha trazado el vínculo entre la evolución de la economía capitalista y el comportamiento de los votantes para explicar la participación política cada vez más desigual en las democracias occidentales. El “Estado de austeridad”, señala, tiene un claro efecto de estratificación: reduce la participación de quienes tienen menos recursos. Ingresos, educación y condición de clase porque los estratos menos privilegiados del electorado ven las opciones políticas que se les ofrecen no son lo suficientemente atractivas como para hacerles participar en el “juego” democrático.

La relación patológica entre autoridad pública y ciudadanos en las democracias liberales contemporáneas está arraigada además en lógicas ideológicas que guían el proceso de politización, es decir, la forma en que las preocupaciones sociales adquieren validez como “entregables políticos”, cuestiones que son un objeto destacado de las políticas públicas (Azmanova, 2020a: 43-44). En el marco del capitalismo neoliberal, el ámbito de la legitimidad se ha estrechado, ya que las cuestiones de seguridad social y estabilidad económica se han reducido. El discurso político neoliberal ha presentado la red de seguridad social como inviable a la vista de las exigencias y limitaciones de la competencia económica mundial. Esto ha disminuido la responsabilidad del Estado y aumentó sus poderes discrecionales, sin perjudicar su legitimidad. Esta configuración de las relaciones Estado-sociedad explica la relativa debilidad de la protesta social en el nadir de la crisis económica (ibíd.: 115-135). En una línea similar, el análisis de Nancy Fraser sobre el capitalismo financiarizado le lleva a concluir que el impulso del capitalismo hacia la acumulación sin fin tiende a desestabilizar el propio poder público en el que se basa (Fraser 2015).

Por último, la crítica sistémica del capitalismo se extiende a la infiltración de la lógica de la acumulación de capital en las prácticas cotidianas mundanas, incluida la esfera de la intimidad – un desarrollo que no afecta a la distribución de las oportunidades de vida en la sociedad, sino a la propia noción de “vida”. oportunidad vital: de un sentimiento de autoestima y de visiones de una vida con sentido. Esta trayectoria de análisis tiene su origen en la teoría de la cosificación de Georg Lukács (1971[1923]) y fue reformulada por Jürgen Habermas (1984) en la tesis de la colonización del mundo de la vida por los sistemas del poder administrativo y la producción económica, una línea de investigación que Habermas abandonó cuando siguió el giro comunicativo de la teoría crítica con la elaboración de la ética del discurso.

Sin embargo, el fenómeno del sometimiento del sistema social a “leyes funcionales económicas que adquieren vida” se ha retomado más recientemente en el marco de las críticas sistémicas al capitalismo (cf. Hartmann y Honneth 2006: 41; Azmanova 2010, 2020a, 2020b; Chamberlain 2018). En el centro de estas nuevas indagaciones se encuentran nuevas antinomias y “paradojas del capitalismo” a través del cual el capitalismo se reproduce a sí mismo no a pesar de, sino a través de formas de acción emancipadora (Fraser 2009; Azmanova 2016).

En un diagnóstico aún más sombrío de la desaparición de las subjetividades democráticas, Wendy Brown rastrea la “economización” a fondo de la sociedad: la lógica económica de los mercados ha penetrado en nuestras percepciones colectivas de justicia y visiones personales de autoestima. La lógica economicista ha impregnado todos los aspectos de nuestras vidas: ha

contaminado la estatalidad, el sistema educativo, los tribunales, incluso la forma en que pensamos y nos valoramos a nosotros mismos y nuestras vidas. La tragedia no consiste sólo en que los superricos hayan secuestrado la democracia a través de su riqueza y de un sistema electoral que predica los resultados en función del efectivo disponible. El daño ha llegado más lejos: el demos se ha desintegrado en trozos de capital humano, mientras que el propio Estado produce activamente votantes como actores económicos (Brown 2015).

Frente a los relatos optimistas de una crisis terminal del capitalismo y las anticipaciones de insurrecciones democráticas de izquierdas, estas críticas del capitalismo contemporáneo avanzan un sombrío

pronóstico de la mutación del capitalismo. La propagación de la inestabilidad económica y la precariedad social - engendrada a su vez por la intensificación de la búsqueda de beneficios en condiciones de capitalismo globalizado - ha dado lugar a un "capitalismo de precariedad" que alimenta instintos conservadores e incluso reaccionarios, alimentando movilizaciones de miedo y odio (Azmanova 2004, 2020). La racionalidad neoliberal es mucho más que un espíritu economicista, es un ethos que ha capturado la política y las relaciones de izquierdas (Dean 2009). También contiene un moralismo reaccionario que fomenta la simbiosis mortal de la política neoliberal y la política reaccionaria (Brown 2019).

Esta estela de análisis llega al diagnóstico de la sublimación del capitalismo en un neofeudalismo (Wark 2019; Dean 2020) a medida que la acumulación de capital se produce cada vez más a través del endeudamiento y la renta en lugar del beneficio; la expropiación, la dominación y la fuerza niegan la ficción del "contrato de trabajo libre"; la inseguridad crónica alimenta la popularidad del ocultismo, y la clase dominante prospera a lomos de un vasto sector de siervos cuyo trabajo supera la relación salarial.

Es importante destacar que las relaciones capitalistas de producción y explotación continúan en el neofeudalismo, pero se refuerzan mediante una logística de opresión abierta típica del feudalismo. No sólo la ciudadanía compartida, sino también la propia agencia humana se encuentran deshabilitadas: en su ausencia, la democracia se convierte en una "fantasía neoliberal", para usar la acertada frase de Dean (2009).

Los trabajos que se centran en la dominación sistémica no tienden a llegar a las conclusiones optimistas sobre las posibilidades disponibles para radicalizar la democracia o un renacimiento del socialismo que suelen proponer los análisis estructuralistas. Esta negatividad analítica tiene mucho que ver con la ontología social dentro de la cual se llevan a cabo estas investigaciones: ver la sociedad como un sistema de relaciones sociales (en lugar de como un sistema funcionalmente integrado al estilo del estructural- funcionalismo, o como un conglomerado de individuos racionales con racionalidades institucionalmente arraigadas) invita a conclusiones sobre la impregnación total de la lógica sistémica de maximización de beneficios del capitalismo.

Las articulaciones de las vías emancipadoras han estilizado sus críticas sistémicas sobre una ontología social que considera el sistema social como una totalidad estructurada pero fracturada - en la línea la conceptualización de Adorno (Adorno 1973[1966])⁵. Esto permite discernir puntos de fractura que facilitan la acción social y albergan relaciones solidarias. Tal visión de la "pluralidad e indeterminación de lo social" había permitido a Laclau y Mouffe (2001[1985]:152) articular un camino para una política de izquierda alternativa. Esto ha permitido a Jodi Dean (2019) combinar su diagnóstico de las nefastas operaciones del capitalismo con estrategias para alimentar relaciones de pertenencia política. Dentro de una sociología pragmática de la crítica, Luc Boltanski (2011) discierne un potencial de emancipación en la naturaleza fracturada y contradictoria de la vida social. En Paralelamente, Nancy Fraser desarrolla una interpretación

neopolanyiana de las tensiones en el seno del capitalismo neoliberal para articular una compleja constelación de luchas en las que el impulso por superar la dominación se ve moldeado por su encuentro con la mercantilización y la protección social. La emancipación, por tanto, requiere una nueva síntesis de mercantilización y protección social adecuada a las exigencias de nuestra coyuntura histórica (Fraser 2011, 2013).

Para salir del capitalismo, puede que no baste con eliminar la propiedad privada de los medios de producción; puede que ni siquiera sea necesario. En la actual articulación histórica del capitalismo -con cadenas de producción que se extienden por todo el mundo y una tecnología de la información que altera la naturaleza de nuestro compromiso con el capital productivo- es sobre todo la búsqueda del beneficio y la naturaleza productivista del trabajo que engendran perjuicios sociales y destrucción del medio ambiente. La propiedad colectiva y la administración pública de los bienes productivos no necesariamente eliminan estas dinámicas. La crítica emancipadora radical y la acción social deben dirigirse sobre todo a la dinámica operativa clave del capitalismo: la búsqueda competitiva del beneficio.

Esta lectura historicista de la salud del capitalismo contemporáneo revela otra (séptima) lógica estratégica de la movilización anticapitalista: la de utilizar las palancas estructurales del capitalismo (es decir, los mercados y la propiedad privada) para subvertir la lógica sistémica del beneficio. maximización (Azmanova 2020a). Nunca antes en la historia del capitalismo la multitud -más allá de las divisiones de clase, educación, edad, género y origen cultural- ha sido tan afectada negativamente por la propia dinámica constitutiva del capitalismo. Esto presenta un oportunidad sin precedentes para la movilización de un amplio espectro de fuerzas sociales -- de extraños compañeros de cama, de hecho - para trascender el capitalismo sin la ayuda de una crisis terminal, una ruptura revolucionaria, o una utopía guía (ibid).

Conclusión

La vocación última de la teoría, ha sugerido Wendy Brown, es la “apertura de un espacio de respiro entre el mundo de los significados comunes y el mundo de los alternativos, un espacio de renovación potencial del pensamiento, el deseo y la acción” (Brown 2005:81). Nuestro presente distópico alimenta nostalgias de pasados abandonados en lugar de anticipaciones de futuros felices. La oferta más importante de la teoría en un momento así podría desbaratar la oposición entre lo común y lo alternativo, entre el pragmatismo y el radicalismo. Entonces podría ser capaz de centrar el pensamiento, el deseo y la acción en la implacable pero ignominiosa destrucción del capitalismo mediante suprimiendo su resorte principal: la búsqueda del beneficio. Incluso sin un proyecto, un mañana postcapitalista sigue siendo pensable.

Referencias

Azmanova, A. (2020a) *Capitalism on Edge: How Fighting Precarity Can Achieve Radical Change Without Crisis or Utopia*, New York: Columbia University Press. _____ (2020b) ‘Anti-Capital for the XXIst Century: on the metacrisis of capitalism and the prospects for radical politics’, *Philosophy and Social Criticism* 46 (5) 601-612.

_____ (2010) 'Capitalism Reorganized: Social Justice After Neo-Liberalism', *Constellations* 17 (3) 390–406.

_____ (2016) 'Empowerment as Surrender: How Women Lost the Battle for Emancipation as They Won Equality and Inclusion', *Social Research* 83 (3) 749–76.

_____ (2004) 'The Mobilization of the European Left in the Early 21st Century', *European Journal of Sociology* 45 (2) 273–306.

Adorno, T. W. (1973[1966]) *Negative Dialectics*. (Translated by E.B. Ashton), New York: Continuum.

Balibar, E. (2014 [2010]) 'The Proposition of Equaliberty', in *Equaliberty: Political Essays* (transl. by J. Ingram), Durham: Duke University Press, pp. 35-66.

Bastani, A. (2020) *Fully Automated Luxury Communism: A Manifesto*, London and New York: Verso.

Boltanski, L. and Chiapello, E. (2005 [1999]) *The New Spirit of Capitalism*. London and New York: Verso.

Brown, W. (2019) *In the Ruins of Neoliberalism: The Rise of Antidemocratic Politics in the West*. New York: Columbia University Press.

_____ (2015) *Undoing the Demos: Neoliberalism's Stealth Revolution*. New York: Zone Books.

_____ (2005) 'At the Edge: The Future of Political Theory', in *Edgework. Critical Essays on Knowledge and Politics*. Princeton and Oxford: Princeton University Press; 60-82. Chamberlain, J. (2018) *Undoing Work, Rethinking Community: A Critique of the Social Function of Work*. Ithaca: Cornell University Press.

Dean J. (2020) 'Communism or Neo-Feudalism?', *New Political Science* 42 (1) 1-17.

_____ (2019) *Comrade: An Essay on Political Belonging*, New York and London: Verso.

_____ (2009) *Democracy and Other Neoliberal Fantasies. Communicative Capitalism and Left Politics*. Durham and London: Duke University Press.

Engels, F. (1890) 'Letter to J. Bloch', Sept. 21, 1890, in K. Marx and F Engels. *Selected Works*. Vol 2, Moscow: Foreign Language Publishing House: 1962, p. 488.

Fraser, N. (2015) 'Legitimation Crisis? On the Political Contradictions of Financialized Capitalism', *Critical Historical Studies* 2 (2) 157–89.

_____ (2014) 'Behind Marx's Hidden Abode: For an Expanded Conception of Capitalism', *New Left Review* 86: 55–72.

_____ (2013) 'A triple Movement? Parsing the Politics of Crisis after Polanyi', *New Left Review* 21: 119-132.

_____ (2011) 'Marketization, Social Protection, Emancipation: Toward a Neo-Polanyian Conception of Capitalist Crisis', in C. Calhoun and G. Derluguian (eds.), *Business as Usual: The roots of the Global Financial Meltdown*, New York: New York University Press; pp. 137–157.

_____ (2009) 'Feminism, Capitalism, and the Cunning of History', *New Left Review* 56: 97-117.

_____ (1998) 'Social Justice in the Age of Identity Politics: Redistribution, recognition and

Participation', in G. B. Peterson (ed.) *The Tanner Lectures on Human Values*, vol. 19, Salt Lake City, University of Utah Press, pp. 1–67

_____ (1997) *Justice Interruptus: Critical Reflections on the Postsocialist Condition*, London and New York: Routledge.

Habermas, J. (1991[1984]) 'The New Obscurity: The Crisis of the Welfare State and the Exhaustion of Utopian Energies', in S. W. Nichol森 (ed), *The New Conservatism. Cultural Criticism and the Historians' Debate*, Cambridge, MA: MIT Press; pp.48–70.

_____ (1990) 'What Does Socialism Mean Today? The Rectifying Revolution and the Need for New Thinking on the Left', *New Left Review* 1 (183) 3–21.

_____ (1984) *The Theory of Communicative Action, Vol. 1: Reason and Rationalisation of Society*, trans. T. McCarthy. Boston: Beacon Press Harrington, M. 1989. *Socialism: Past and Future*, New York: Little Brown & Co.

Hartmann, M. and A. Honneth (2006), 'Paradoxes of Capitalism', *Constellations* 13 (1) 41–58

Honneth, A. (2016) *The Idea of Socialism: Towards a Renewal*. Cambridge: Polity Press.

Ingram, D. (2018) *World Crisis and Underdevelopment*. Cambridge: Cambridge University Press.

Jaeggi, R. (2014) *Kritik der Lebensformen*. Berlin: Suhrkamp.

_____ (2015) 'Towards an Immanent Critique of Forms of Life', *Raisons politiques. Revue de théorie politique* 57: 13–29.

_____ (2016) 'What (if Anything) Is Wrong with Capitalism? Dysfunctionality, Exploitation and Alienation: Three Approaches to the Critique of Capitalism', *The Southern Journal of Philosophy* 54 (S1) 44-65.

Judis, J. 2020. *The Socialist Awakening: What's Different Now About the Left*, New York: Columbia Global Reports.

Laclau, E. and C. Mouffe, 2001 [1985]. *Hegemony and Socialist Strategy. Towards a Radical Democratic Politics*. Second Edition. London and New York: Verso.

Lukács, G. (1971[1923]) *History and Class Consciousness. Studies in Marxist Dialectics*. (transl. by R. Livingstone. Cambridge, MA: MIT Press.

Marx, K. (1845) *Theses on Feuerbach*. In *Marx/Engels, Selected Works, Vol. 1*, Translated by W. Lough, Moscow: Progress Publishers, 1969; 13–15.

_____ (1857) *Grundrisse: Foundations of the Critique of Political Economy*. Transl. by M. Nicolaus. Allen Lane/Pelican, 1973.

_____ (1859) *A Contribution to the Critique of Political Economy*. Transl. by S. W. Ryazanskaya. Moscow: Progress Publishers, 1970.

Mouffe, C. (2018) *For a Left Populism*. London and New York: Verso.

Offe, C. (2013) "Participatory inequality in the austerity state: a supply side approach," in A. Schaefer and W. Streeck, eds., *Democracy in The Age of Austerity* (Cambridge, UK: Polity) Offe, C. (1984) *Contradictions of the Welfare State*, London: Hutchinson.

Piketty, T. (2019) *Capital et idéologie*, Paris: SEUIL
Robinson, C. (1983) *Black Marxism: The Making of the Black Radical Tradition*, London, Zed Press.

Streeck, W. (2016) *How Will Capitalism End? Essays on a Failing System*, London: Verso.

_____ (2014 [2013]) *Buying Time: The Delayed Crisis of Democratic Capitalism*. London: Verso.

Wark, M. (2019) *Capital is Dead*, London and New: Verso.

Notas

1) Para una exposición exhaustiva de las articulaciones de la sociedad “poslaboral” o “poscapitalista”, véase el número especial sobre la política del poscapitalismo de *The Political Quarterly*, Vol. 91, nº 2, abril-junio de 2020.

2) La unidad ontológica clave para Marx es la práctica social: la “actividad humana práctica” o “sensual” a través de la cual las personas producen su existencia (Marx 1845: tesis I y V). La realidad de la existencia humana no debe reducirse a la materialidad vulgar (ibíd. tesis I); tampoco la producción de la vida material debe reducirse a la economía en sentido estricto (Engels, 1890). La sociedad debe entenderse holísticamente como un sistema de relaciones sociales: “no consiste en individuos, sino que expresa la suma de interrelaciones, las relaciones dentro de las cuales se encuentran estos individuos” (Marx 1857, 265). La economía es el conjunto de prácticas a través de las cuales la sociedad produce sus circunstancias materiales y la producción debe entenderse ampliamente en el sentido de producción social de la existencia o reproducción de la sociedad (Marx 1959, Prefacio).

3) Estas formas radicales de crítica persistieron en los márgenes de la política progresista: en EE.UU., el movimiento en pro de las reparaciones basó sus reivindicaciones en ideas sobre la explotación en el pasado. En la crítica social, los trabajos sobre el capitalismo racializado, siguiendo la obra de Cedric Robinson (1983), relacionaban la dinámica sistémica del capitalismo con la dimensión relacional de la atribución desigual del valor humano, siendo el color de la piel y la etnia las instituciones estructurantes que sustentaban dicha atribución.

4) Del mismo modo, Habermas (1990: 11, 16-17) considera que los mercados son funcionalmente necesarios para la reproducción de las sociedades modernas, lo que le permite articular una visión del socialismo de mercado.

5) En su análisis del capitalismo, Adorno se refiere a menudo a él como el “todo social” y la “totalidad social”, que está internamente estructurada (por ejemplo, Adorno 1973[1966]: 37, 47). Tratar el capitalismo como un sistema social no implica que no haya vida social fuera de la inclinación del capitalismo por la búsqueda de beneficios.

3.- Seis maneras de malinterpretar la precariedad: Reflexiones sobre la angustia social y su descendencia política (2022)

Azmanova, Albena (2022) "Six ways to misunderstand precarity: Reflections on social angst and its political offspring," *Emancipations: A Journal of Critical Social Analysis*: Vol. 1: Iss. 3, Article 2. DOI: <https://doi.org/10.55533/2765-8414.1033> disponible en: <https://scholarsjunction.msstate.edu/emancipations/vol1/iss3/2>

Resumen

Resumen: Estas reflexiones desarrollan una conceptualización integral de la precariedad como una condición de vulnerabilidad económica y social generada política y sistémicamente por la inseguridad de los medios de subsistencia, una forma de desempoderamiento, experimentada como incapacidad para hacer frente a la situación, enraizada a su vez en un desajuste entre responsabilidad y poder. La precariedad, así entendida, es una injusticia social transversal que trasciende las diferencias de clase social, educación, empleo e ingresos. Perjudica el bienestar material y psicológico de las personas y obstaculiza la capacidad de la sociedad para gestionar la adversidad y gobernarse a sí misma.

El artículo desarrolla la conceptualización anterior abordando seis falacias en los debates sobre la precariedad:

- 1: "La inseguridad no tiene nada de particularmente nuevo";
2. "La inseguridad no tiene nada de particularmente malo";
3. "La cura de la precariedad es la certidumbre y la estabilidad, esto se consigue mejor con un gobierno autocrático";
4. "Sólo los pobres y los explotados son verdaderamente precarios";
5. "La lucha contra la pobreza y la desigualdad es suficiente para eliminar la precariedad";
6. "La precariedad de los ricos no es ".

UNA PANDEMIA DE PRECARIDAD ha asolado nuestras sociedades. Ha fomentado el auge del populismo de extrema derecha, ha contribuido al colapso financiero mundial de 2008, ha permitido y agravado la pandemia de Covid-19 en 2020. Así lo hemos argumentado, de diversas maneras, el puñado de autores que investigamos el insidioso nuevo contagio que aflige ahora al Occidente opulento.

La aparición de una nueva patología social a principios del siglo XXI también está marcada por la aparición del nuevo concepto con el que se debate la vulnerabilidad humana: la precariedad.

La palabra entró en los diccionarios de lengua inglesa hace muy poco, como señal de que el concepto existente, *precariousness*, es en cierto modo deficiente para transmitir la naturaleza de la vulnerabilidad que ha venido a acecharnos. Cuando el Diccionario Collins añadió este neologismo (afín al francés *précarité* y al español *precariedad*), lo definió como una “condición de existencia sin previsibilidad ni seguridad, que afecta al bienestar material o psicológico”. Aunque esta definición apenas aclara la diferencia entre los términos, es indicativa de la creciente relevancia de la inseguridad en la forma en que damos sentido a nuestros problemas y hablamos de las injusticias que sufrimos o de las que somos testigos.

A medida que se intensifica nuestra ansiedad por nuestros trabajos, nuestras identidades y culturas, nuestra salud e incluso nuestras vidas, también lo hace nuestro anhelo de estabilidad y seguridad. Este anhelo es el caldo de cultivo de aspirantes a autócratas que esperan entre bastidores con soluciones traicioneramente sencillas. Pero si nuestra sed de estabilidad es una pendiente resbaladiza hacia la autocracia, entonces la crítica a la precariedad que han expresado académicos de izquierdas como yo está cavando la tumba del orden social liberal en el que han prosperado las democracias. Para responder a esta crítica y a otras similares, mientras seguimos buscando el eje que pueda mantener unidas nuestras libertades y nuestra tranquilidad, merece la pena aclarar qué significa la precariedad y abordar sus implicaciones políticas.

A continuación, expongo algunas reflexiones sobre la precariedad con el objetivo de destilar sus rasgos clave y su diferencia específica como mal social prevalente de principios del siglo XXI. Mis opiniones sobre la precariedad han evolucionado en el transcurso de las numerosas conversaciones con los lectores que siguieron a la publicación de mi libro *Capitalism on Edge: How Fighting Precarity Can Achieve Radical Change Without Crisis or Utopia* en enero de 2020. Estas conversaciones catalizaron una comprensión más completa de la precariedad, que aprovecho para transmitir aquí.[1]

La creciente conciencia de la precariedad como patología social singular ha alterado los términos de los debates académicos y políticos sobre la justicia social al ampliar el alcance de la reflexión sobre la injusticia más allá de los perjuicios más visibles de la pobreza y la desigualdad. La atención prestada a la precariedad también ha suscitado fuertes objeciones: ¿No es la inestabilidad parte integrante de la modernidad (recuérdese el diagnóstico de Weber del “desencantamiento” y el de Durkheim de la “anomia” como endémicos de la modernización), y una característica del capitalismo (recuérdese la descripción de Schumpeter del capitalismo como un proceso de “destrucción creativa”)? De hecho, ¿no se encuentran ahora las sociedades modernas en la cúspide de su riqueza material y, por tanto, disfrutan de una seguridad material sin precedentes? ¿Y por qué debería preocuparnos la inseguridad? ¿No es precisamente el motor que impulsa la asunción de riesgos y la creatividad que, en última instancia, hace prosperar a las sociedades modernas? ¿Por qué utilizar el incómodamente nuevo término de “precariedad” para hablar de una situación marcada por la inseguridad y la incertidumbre, si ya tenemos dos graves injusticias económicas que combatir: la pobreza y la desigualdad? Por último, ¿por qué preocuparse por la precariedad, si ya tenemos dos graves injusticias económicas que combatir, a saber, la pobreza y la desigualdad? ¿No basta con erradicar la desigualdad y la pobreza para que nuestras sociedades sean más estables y nuestros ciudadanos más seguros? En lo que sigue, abordaré estas objeciones ya habituales a la preocupación por la precariedad para defender la postura de que debemos tomarnos la precariedad muy en serio.

Falacia 1: La inseguridad no tiene nada de nuevo

La primera objeción a la preocupación por la precariedad se basa en la observación de que la incertidumbre es inherente a la existencia humana y la inestabilidad es endémica de la vida moderna. De hecho, la conveniencia e incluso la viabilidad de la estabilidad se han debatido al menos desde que Heráclito pronunció su “panta rei” (todo fluye) y Sócrates bromeó: “Cuidado con la esterilidad de una vida ajetreada”.

De hecho, el dilema “seguridad o libertad” no es nuevo; ha dirigido durante mucho tiempo el curso de las democracias liberales. A medida que crecía la inestabilidad de las sociedades modernas, especialmente de forma precipitada con el derramamiento de sangre de las guerras religiosas del siglo XVI en Europa, la autoridad pública asumió la responsabilidad de proporcionar, a menudo por la fuerza, seguridad y estabilidad, mientras que las poblaciones que abrazaban una cultura política liberal exigían garantías para las libertades personales y colectivas. Este viejo dilema ha vuelto a perseguirnos en los últimos tiempos, volviéndose de algún modo más mezquino y siniestro a la vez, al centrarse cada vez con mayor nitidez en el minucioso y cotidiano discurrir de nuestras vidas. Por un lado, armados con las nuevas tecnologías, los gobiernos pueden limitar nuestra libertad de movimiento con gran facilidad al imponer restricciones, aumentar la vigilancia e imponer sanciones en nombre de la salud pública y nuestra seguridad física, como hicieron al gestionar la pandemia del Covid-19 y tras un atentado terrorista. Por otro lado, las protestas estallan en nombre de la libertad, no de la gran libertad de decir lo que se piensa o de defender la dignidad de los marginados de la sociedad, sino de la libertad de seguir sin trabas nuestras ajetreadas vidas.[2] Parece que las opulentas sociedades occidentales se han vuelto en cierto modo políticamente infantiles en su disposición, aunque sea a regañadientes, a someterse a los atajos autocráticos de la seguridad, y luego quejarse de las libertades dañadas, sin comprometerse en proyectos radicales y ambiciosos para forjar nuevas, mejores órdenes sociales. Estamos suspendidos en un descontento temeroso e inútil, una inflamación de inquietud vacilante que, en última instancia, alimenta el reaccionarismo y la autocracia.

Los méritos relativos de la estabilidad y la crisis, el riesgo y la seguridad, la agitación y la paz, la inquietud y la calma, han sido objeto central de disputas filosóficas y un lamentable derroche de energía intelectual, pues se trata de falsas dicotomías. La seguridad y la libertad están tan estrechamente vinculadas que pueden definirse la una a través de la otra: la libertad política es impensable sin una protección segura frente al poder arbitrario, y la seguridad puede definirse como la libertad de no depender de otros. El Estado de Derecho impone restricciones a la libertad individual, pero también la hace posible al mantener raya a los poderosos. Codiciamos la seguridad de nuestras libertades tanto como nos gusta estar libres de inseguridad.

Distraídos por un falso dilema, pasamos por alto la cuestión realmente importante: ¿Por qué la dicotomía entre seguridad y libertad se ha vuelto tan central en la vida política de nuestras sociedades? ¿Por qué nos encontramos ante esta elección imposible? ¿Por qué se considera que la seguridad es enemiga de la libertad, mientras que la paz y la tranquilidad son contrarias a la libertad (como ha argumentado el filósofo político Michael Sandel)? [3] Las cuestiones del “¿por qué?” y “¿cómo es posible?” (en lugar de “¿qué?”) dirige nuestra atención a las condiciones que nos hacen experimentar la libertad y la seguridad como opuestos; es, por tanto, la pregunta que debería dirigir nuestro pensamiento. Así pues, en lugar de ahondar en lo que es y lo que no la precariedad, empecemos por preguntarnos por qué nos enfrentamos a esta proliferación de preocupaciones por la inseguridad. ¿Cómo es que a nosotros, habitantes de las opulentas democracias modernas, nos molesta la inseguridad? Entrar en la indagación desde el ángulo de las condiciones sociales nos permitirá discernir más fácilmente el contenido peculiar de la precariedad.

La ansiedad de la dramática elección a la que nos enfrentamos ahora entre libertad y tiene sus raíces en una condición peculiar en la que entraron nuestras sociedades a finales del siglo XX: una época de prosperidad sin precedentes en las democracias occidentales, pero también una época en la que los partidos y movimientos populistas iniciaron su espectacular ascenso. Los expertos avanzaron entonces el diagnóstico de una “crisis de la democracia”, a la que añadieron la “crisis del capitalismo” tras el colapso financiero de 2008, tras el cual acabamos de tener la crisis de la sanidad pública de la pandemia del virus Covid-19. Así pues, parece que llevamos más de 20 años en crisis, en una situación de grave inestabilidad. Sin embargo, la noción de una crisis de 20 años desafía la definición de crisis como un desafío radical pero de corta duración con tres posibles salidas: la muerte, la recuperación o la transformación total. En cambio, estamos atrapados en lo que he descrito como una “metacrisis” (una crisis de la crisis): es decir, la crisis está atrapada en una crisis propia, ya que ninguna de las tres está disponible. Al igual que una persona que sufre una enfermedad crónica, nuestras sociedades han estado en un estado perpetuo de baja inflamación, una estasis febril e inquieta.

Lo que está causando esta sensación de malestar general es un tipo especial de inseguridad que se ha dado en llamar “precariedad”. Esta condición pasó desapercibida durante mucho tiempo ya que, hasta hace poco, era el espectacular crecimiento de la desigualdad lo que fijaba la atención de expertos y público. Sin embargo, la pandemia nos ha hecho conscientes de una epidemia subyacente de una vulnerabilidad bastante peculiar. No es la precariedad en la que incurre nuestra fragilidad como seres mortales, lo que el pensador ruso Mijaíl Bajtin ha llamado nuestro “pavor cósmico”: la ansiedad que experimentamos ante las infinitamente enormes y poderosas fuerzas que escapan al control humano, angustia que está en la base misma de la experiencia y el pensamiento humanos. No necesitamos una pandemia para recordar nuestra mortalidad. Sin embargo, hemos tenido que enfrentarnos al absurdo de que una crisis de salud pública haya sido causada por un patógeno bien conocido por la ciencia y no extraordinariamente mortífero o resistente, y sin embargo incluso las sociedades más ricas, científicamente avanzadas y políticamente sofisticadas hayan tenido problemas con su respuesta y hayan cometido graves errores de política. Este absurdo está sacando a la luz otro tipo de fragilidad, a saber, la precariedad como condición de inseguridad económica y vulnerabilidad social generada *políticamente* que perjudica no sólo el bienestar material y psicológico de las personas, sino también la capacidad de la sociedad para hacer frente a la adversidad y gobernarse a sí misma.

Los sociólogos de la modernidad, desde Max Weber y Émile Durkheim hasta Ulrich Beck, Anthony Giddens y Zygmunt Bauman, han afirmado que la creciente inseguridad es endémica de la modernidad: la sociedad industrial moderna es una “sociedad del riesgo”[4]. perspectiva despolitiza la precariedad. La crítica emancipadora requiere que nos preguntemos qué tipo de política y qué tipo de política genera activamente la precariedad como forma de control social. En su libro de 2004, *Precarious Life*, Judith Butler llamó la atención sobre los orígenes políticos de la precariedad [precarity], distinguiéndola de la “precariedad” [precariousness] como condición humana básica de vulnerabilidad física/biológica. En su opinión, la precariedad es la vulnerabilidad generada socialmente como resultado de la marginación social, la pobreza, la inseguridad económica, la privación de derechos políticos y/o la violencia. En mi investigación sobre la precariedad he señalado que el Estado neoliberal produce activamente precariedad a través de un desajuste entre responsabilidad y poder, que desempodera a los individuos y debilita a las sociedades.

Esto se caracteriza por la tendencia a asignar responsabilidades a los ciudadanos y a las instituciones públicas sin dotarlas de los recursos financieros e institucionales que necesitan para llevarlas a cabo (pensemos en los hospitales mal equipados para hacer frente al aumento de las infecciones). A nivel individual, se nos asigna la responsabilidad de hacernos empleables y de

emplearnos, pero la economía política no crea suficientes buenos empleos. En este sentido, la precariedad es un *desempoderamiento generado políticamente, experimentado como incapacidad para hacer frente a la situación*. La noción de Paul Apostolidis de “responsabilidad desesperada” (en su libro de 2019 *The Fight for Time*) capta bien esta condición de atrapamiento en responsabilidades abrumadoras.

Es importante destacar que la precariedad no sólo nos perjudica como individuos, sino que también paraliza nuestras sociedades. En este sentido, la precariedad generalizada se ha convertido en la cuestión social de nuestro tiempo y requiere atención urgente.

¿Cuáles son los motores específicos de la precariedad así entendida? Uno de sus principales orígenes se remonta al principio central de la doctrina económica neoliberal que se convirtió en sentido común político a finales del siglo XX: para seguir siendo competitivas en la carrera mundial por los beneficios y el crecimiento, las sociedades tenían que abrazar plenamente las fuerzas del mercado. En toda Europa y en gran parte del mundo desarrollado, esta creencia fomentó dolorosas reformas de los mercados laborales, los sistemas de seguridad social y los servicios públicos mediante la desregulación, la privatización y la desinversión. Además, los Estados utilizaron las herramientas redistributivas que habían perfeccionado bajo el capitalismo del Estado del bienestar de las tres décadas de posguerra para transferir recursos de los débiles a los fuertes, a los actores más competitivos del mercado (es decir, las grandes empresas) con la esperanza de que estas empresas mejoraran la competitividad de sus naciones en el mercado mundial.

Así, dejados al capricho de los mercados globales, aplastados por las presiones competitivas, nos debilitamos como individuos incluso cuando se nos hizo responsables de cosas que escapaban a nuestro control personal: nuestra salud, nuestra soberanía digital, nuestro empleo, la protección de nuestro medio ambiente y la educación de nuestros hijos. Colectivamente, como sociedades, también nos debilitamos porque los servicios públicos se quedaron sin fondos y sometidos a la lógica del mercado. Así es como nos encontramos en una condición de responsabilidad-sin-poder: la esencia de la precariedad.

Falacia 2: La inseguridad no tiene nada de malo

La segunda objeción común a la preocupación por la precariedad dice algo así: La inseguridad es el precio que pagamos por ser libres; además, en las sociedades capitalistas es la base de la competencia, la creatividad, la innovación y, finalmente, la prosperidad. De ahí que debemos abrazar la incertidumbre, no tratar de erradicarla. Este razonamiento es erróneo por dos motivos: en primer lugar, es un error considerar que la incertidumbre es el terreno fértil de la iniciativa empresarial capitalista; en segundo lugar, es engañoso considerar que la inseguridad propicia la libertad. Abordaré estos dos puntos sucesivamente.

El mito de la competencia ilimitada como base de la empresa capitalista fue desmentido hace tiempo por uno de los más fervientes adeptos del capitalismo: el economista austriaco Joseph Schumpeter. En su análisis del capitalismo y su futuro, publicado en 1942, Schumpeter señala que el vendaval perenne de destrucción creativa que es el capitalismo crea una inestabilidad radical que los innovadores temen, con razón, sortear: carecen de la capacidad para gestionar los riesgos de inversión que conlleva el lanzamiento de un nuevo producto a menos que se les proporcione cierta seguridad. Por eso, observa,

De hecho, la competencia perfecta se suspende temporalmente, y siempre se ha suspendido temporalmente, cada vez que se introduce algo nuevo, ya sea de forma automática o mediante

medidas concebidas a tal efecto [...]. No hay más paradoja en esto que en decir que los automóviles viajan más rápido de lo que lo harían de otro modo porque están provistos de frenos.[5]

La inseguridad económica crea fuertes desincentivos para gastar, ya sea para consumir o para invertir, incluso en condiciones de abundancia. Así, la inseguridad económica persistente fue la causa de la lucha de las economías nacionales de las sociedades occidentales por recuperar su salud anterior a la crisis una década entera después de que la crisis financiera de 2008 se resolviera mediante una drástica intervención gubernamental. En condiciones de incertidumbre económica, proporcionar dinero barato a los bancos, como hicieron los gobiernos, no consiguió motivarlos para que concedieran préstamos. Tampoco las empresas con superávit por cuenta corriente se apresuraron a invertir –estaban sentadas sobre efectivo o usando ese efectivo para recomprar sus acciones con el fin de estabilizar su valor. En un contexto de incertidumbre, ni el crédito barato, ni la redistribución, ni la desregulación del mercado laboral motivarían por sí solos a los consumidores a gastar y a las empresas a contratar. En un contexto de incertidumbre, ni el crédito barato, ni la redistribución, ni la desregulación del mercado laboral motivarían por sí solos a los consumidores a gastar y a las empresas a contratar. En este sentido, la incertidumbre económica es perjudicial tanto para el espíritu empresarial como para el consumo, el doble motor de prosperidad del capitalismo.

La inseguridad económica también es perjudicial para la iniciativa política. “Somos el pueblo de esta generación criado al menos en una modesta comodidad”, comienza la Declaración de Port Huron de 1962 con la que los jóvenes rebeldes se embarcaron en la invención de un nuevo futuro.[6] No es ni la pobreza ni la opulencia, sino la comodidad estable lo que permite la experimentación intelectual y política, como comprendieron estos activistas estadounidenses. A la inversa, del mismo modo que la inseguridad económica alimenta el anhelo de estabilidad y seguridad, también ahoga la experimentación económica y política. En su extremo, la precariedad es políticamente debilitante, ya que no nos deja ni tiempo ni energía para abordar las grandes cuestiones del diseño social: no cómo hacer frente a las presiones del día a día, sino qué tipo de vidas queremos vivir y qué sociedades queremos habitar. La precariedad nos priva de agencia.

Las ideas, sin duda, son producto de sus contextos históricos. Así, a finales del revolucionario siglo XVIII, el gran pensador prusiano Wilhelm von Humboldt expresó acertadamente el espíritu liberal de su época cuando exclamó: “Lo que los seres humanos persiguen, y deberían perseguir, es la diversidad y la actividad... seguramente los seres humanos no hemos caído tan bajo como para preferir el bienestar y la felicidad a la grandeza para nosotros mismos, como individuos.”[7] En un contexto muy diferente, cuando las democracias occidentales emergían de la devastación de la Segunda Guerra Mundial, el Presidente de EE.UU. Franklin D. Roosevelt elogió la seguridad económica como el fundamento mismo de la libertad cuando en 1944 presentó al Congreso su plan para ampliar el New Deal, diciendo: “La verdadera libertad individual no puede existir sin seguridad económica e independencia. Las personas hambrientas y sin trabajo son el material del que están hechas las dictaduras”[8] Esta idea no puede ser más acertada en la actualidad.

Falacia 3: La cura para la precariedad es la certidumbre y la estabilidad, y esto se consigue mejor con un gobierno autocrático.

El error lógico aquí es implicar que, puesto que la precariedad se genera por la inseguridad de los medios de subsistencia, lo opuesto a la precariedad -que debe proporcionarse a través de la política contra la precariedad- es la certidumbre, la estabilidad y la seguridad, que se proporcionan más rápidamente por medios autocráticos. El problema de la precariedad no es tanto la falta de estabilidad como tal, sino el ansia de estabilidad que esta falta genera. Es este anhelo de estabilidad lo que abre la resbaladiza pendiente hacia la autocracia. La seguridad no es la mejor manera de apaciguar ese anhelo. Permítanme desentrañar esta lógica.

Para comprender la esencia de la precariedad como una forma particular de vulnerabilidad, será útil recurrir a los orígenes etimológicos de la palabra. La palabra “precariedad” tiene su origen en el latín “precarius”, que significa obtenido por súplica (suplicando o rezando), concedido como un favor, dependiendo del placer o la misericordia de otros (del verbo “prex” - pedir, suplicar). Es importante señalar que el rasgo central de la precariedad no es tanto la falta de certeza como la impotencia significa literalmente “depender de la voluntad de otro”. Es la peor forma de inseguridad. “De todas las miserias de los hombres”, escribió el antiguo historiador griego Heródoto hace unos 2.500 años, “la más amarga es ésta: saber tanto y no tener control sobre nada”. [9]

La libertad, sin duda, exige cierta incertidumbre. La dictadura bajo la que crecí en mi Bulgaria natal dispensaba empleo, permisos de residencia estrictos y salarios fijos, imponía una relativa igualdad económica, pero todo ello nos hacía sentir atrapados. La certidumbre puede quitarnos el poder. Incluso cuando nuestras trayectorias vitales son inciertas, no viviremos con miedo al futuro mientras nos sintamos suficientemente capacitados para hacer frente a la adversidad.

El corolario de la precariedad como condición de la *responsabilidad individual sin poder* es una autoridad pública que acumula *poder sin responsabilidad*: la autocracia. Es así como las democracias liberales se deslizan insidiosamente hacia un gobierno autocrático.

La precariedad es también una técnica de control social: las élites gobernantes mantienen tranquilas a las poblaciones atemorizadas alimentando su “miedo a la libertad” (Erich Fromm). No es casualidad que el aumento de la precariedad se haya producido en paralelo a otra tendencia: el auge de los regímenes autocráticos, incluso en las democracias consolidadas de Europa, como Francia, Austria, y España. [10] Cuanto más vulnerables se sienten las personas, más dispuestas están a confiar en que los hombres fuertes de la política proporcionen una estabilidad instantánea. Al tiempo que genera ansiedad, la precariedad fomenta las demandas públicas de seguridad y protección. Las élites políticas de la división izquierda-derecha han respondido a estas demandas aumentando su control sobre la sociedad mediante políticas de ley y orden. La responsabilidad sin poder invita al poder sin responsabilidad. Parece que se restablece el equilibrio. Esto conduce a un círculo vicioso: la inseguridad económica engendra actitudes autocráticas que impulsan al poder a dictadores cuyos ataques al Estado de derecho desempoderan aún más a los ciudadanos, dejándolos a merced de los déspotas. Desde esta , las protestas contra las restricciones a la libertad personal durante la pandemia de coronavirus podrían verse como un rechazo al estilo neoliberal de gobierno que descarga cada vez más responsabilidad en los individuos (por ejemplo, Las protestas contra las restricciones a la libertad personal durante la pandemia de coronavirus podrían verse como un rechazo al estilo de gobierno neoliberal que descarga cada vez más responsabilidad en los individuos (por ejemplo, llevar mascarillas cuando el suministro de mascarillas era insuficiente y los hospitales estaban crónicamente infradotados de personal y mal equipados) mientras que las autoridades públicas dan rienda suelta a su afición por el gobierno arbitrario (como se refleja en las tristemente célebres fiestas del vino en el número 10 de Downing Street durante el bloqueo de Gran Bretaña)

en lugar de construir y solidificar los bienes comunes (por ejemplo, aumentar la capacidad hospitalaria, mejorar los centros de atención urgente).

Por tanto, para contrarrestar la precariedad no necesitamos tanto políticas que proporcionen estabilidad como medidas públicas que fomenten el empoderamiento. La comprensión de la precariedad como una vulnerabilidad políticamente manipulada dirige la atención hacia los factores que transforman el riesgo -que de hecho es endémico en las sociedades modernas- en un peligro que nos desempodera, en lugar de en una oportunidad para ser autores de nuestras vidas (por ejemplo, a través de una menor dependencia del empleo remunerado o un mejor equilibrio entre la vida laboral y personal). Esta comprensión de la precariedad permite un cambio de enfoque: de la creación de resiliencia, entendida como la capacidad de soportar las dificultades mediante el desarrollo de nuestra capacidad de adaptación y/o resistencia, a la erradicación de las causas políticas y socioestructurales de la adversidad.

Centrarse en los motores sociopolíticos de la vulnerabilidad alejaría nuestro pensamiento de las medidas correctoras y lo orientaría hacia la eliminación de las causas sistémicas y estructurales del riesgo inoportuno. Esto permitiría pasar de la gestión de crisis a corto plazo a consideraciones de bienestar a largo plazo.

La conceptualización de la precariedad como un desajuste entre la responsabilidad y el poder es la base sobre la que podemos pensar en restaurar el orden democrático liberal garantizando la correcta distribución de la responsabilidad y el poder entre la autoridad pública y los ciudadanos. Esto requerirá el diseño de nuevos dispositivos políticos para vincular las prioridades políticas inmediatas al bienestar de la sociedad a largo plazo, haciendo así que el gobierno democráticamente receptivo sea también socialmente responsable. En una palabra, la respuesta a la precariedad no es más autocracia, sino más libertades seguras y menos capitalismo (porque prioriza las ganancias a corto plazo).

Falacia 4. Sólo los pobres y los explotados son realmente precarios

¿Quiénes son las víctimas de la precariedad? Sin duda, la inseguridad económica afecta más agudamente a los pobres, así como a quienes, como los inmigrantes, carecen del apoyo de redes sociales inmediatas y estables. Guy Standing habla del “precariado” (similar al “proletariado”), una nueva clase compuesta por trabajadores con empleos precarios y mal pagados, los estratos más bajos de muchos sectores económicos y ocupaciones profesionales, por encima de los cuales se sitúan los “asalariados” y, aún más arriba, los “rentistas”. Paul Apostolidis ha ofrecido una meticulosa disección de la precariedad de los jornaleros inmigrantes. Ambos autores señalan que las experiencias que registran son sintomáticas de un fenómeno más amplio. He analizado la precariedad generalizada como el malestar del “99%” y he rastreado sus causas hasta algunas peculiaridades de la economía política del capitalismo contemporáneo.

Por supuesto, me refiero al “99%” como una figura, como la imagen de la multitud, no como un hecho estadístico. ¿Hasta dónde llega la precariedad en la escala social? Los motores sociales de la precariedad determinan el alcance de la precariedad experimentada. En la raíz de la desestabilización masiva de los medios de subsistencia se encuentra la dinámica competitiva intensificada del capitalismo en condiciones de mercados globalmente integrados y digitalizados. La precariedad es generada en particular por dos contradicciones del capitalismo contemporáneo - lo que en *Capitalism on Edge* he denominado “excedente de empleabilidad” y “dependencia laboral aguda”. La primera contradicción consiste en el hecho de que, por un lado, la automatización ha hecho posible, en principio, producir las necesidades de la vida con un mínimo

de trabajo humano (el potencial de desmercantilización de las sociedades modernas es enorme), pero por otro lado las presiones de mercantilización también han aumentado (las presiones sobre todos nosotros para mantener un empleo son fuertes). La segunda contradicción (dependencia laboral aguda) tiene su origen en la tensión entre, por un lado, la creciente dependencia de un empleo como fuente de sustento y, por otro, la menor disponibilidad de buenos empleos. Esto ha dado lugar a la generalización de las presiones relacionadas con el trabajo y a la propagación de la precariedad -experimentada como incapacidad para hacer frente a la situación- a través de la clase social, las ocupaciones profesionales y los niveles de ingresos.

Este malestar no se limita a la clase obrera y no debe equipararse a la explotación. En otras palabras, la precariedad no se limita a la relación salarial y, aunque la explotación la exacerba, no es más que un factor coadyuvante. Esto es así porque la proliferación de formas de tenencia profesional y de propiedad (es decir, empleo flexible y estatus de propiedad fluido), ha cambiado el estatus de clase en la distribución de las oportunidades vitales. En el contexto del XIX y gran parte del XX, la propiedad privada de los medios de producción otorgaba ventajas económicas a los propietarios del capital, al tiempo que los protegía de los riesgos sociales que conlleva la participación en la búsqueda de beneficios. Los riesgos, en cambio, recaían sobre el trabajo asalariado, que no sólo no se beneficiaba de las oportunidades de riqueza que crea la propiedad, sino que tampoco se beneficiaba de la protección social que otorga la propiedad. En el contexto actual, sin embargo, la fórmula predominante de la propiedad inmobiliaria -tener participaciones en empresas que cotizan en bolsa y que operan dentro del capitalismo globalmente integrado- expone a todos los participantes, incluidos los trabajadores cuyos fondos de pensiones están invertidos en estos vehículos financieros, a los riesgos de la búsqueda competitiva de beneficios.

Actualmente faltan tanto las protecciones que la propiedad exclusiva solía proporcionar al capital como la política social compensatoria que los estados de bienestar democráticos solían ofrecer. Así, la distribución de oportunidades y riesgos en el contexto del capitalismo globalmente integrado, y el sufrimiento social asociado, se ven más afectados por la exposición de los actores a las presiones competitivas de la acumulación de capital que por su estatus dentro de la relación capital-trabajo. El impacto de esta dinámica es transversal al conflicto capital-trabajo, y no a lo largo del mismo.

En consecuencia, la precariedad ya no sólo afecta a los ciudadanos más empobrecidos (los que tienen empleos mal pagados y temporales), sino que se ha extendido más ampliamente en la sociedad. Afecta incluso a los trabajadores cualificados con buenos sueldos en un empleo estable, que sufren un mayor estrés laboral pero no se atreven a abandonar la “carrera de la rata” por miedo a “perderlo todo”. La precariedad se extiende hasta las alturas de la pirámide social, cuando oímos historias sobre abogados quemados y jóvenes banqueros de Goldman Sachs que suplican 80 horas semanales mientras luchan por salir adelante[11]. Incluso cuando la precariedad está fuertemente estratificada y algunos están exentos de ella, se trata de una injusticia transversal que atraviesa la clase social, la ocupación profesional, el estatus de propietario, los niveles de renta y de educación.

Las descripciones de la precariedad que hablan de medios de vida inseguros (que incluyen la inversión), en lugar de empleo, sitúan este fenómeno más allá de la relación salarial. Así, técnicamente, uno puede ser explotado y no ser precario, mientras que los explotadores pueden ser precarios cuando sus medios de vida están sometidos a fuertes presiones competitivas. Uno de los grupos más precarios en la actualidad es el de los , ya que estas personas están muy expuestas a las presiones del afán de lucro y, sin embargo, no suelen beneficiarse de las protecciones sociales concedidas a los trabajadores, como el seguro de desempleo.

Falacia 5. La lucha contra la pobreza y la desigualdad es suficiente para eliminar la precariedad

Las estadísticas son indiscutibles: El 1% más rico posee ahora la mitad de la riqueza mundial. Es fácil comprobarlo y llama la atención denunciarlo. Sin embargo, nuestra preocupación por la desigualdad me parece sorprendente, incluso alarmante, por varias razones.

En primer lugar, la desigualdad siempre ha sido una característica de las sociedades capitalistas. La afirmación de que la desigualdad extrema es el problema implica que estamos preparados para justificar cuánta desigualdad es aceptable y sabemos cómo determinar ese estándar. Sofisticadas interpretaciones filosóficas de la cuestión, como la de John Rawls, señalan que cierta desigualdad económica puede redundar en beneficio de los : “todos los bienes sociales primarios - libertad y oportunidades, renta y riqueza, y las bases del respeto a uno mismo- deben distribuirse equitativamente, a menos que una distribución desigual de alguno o de todos estos bienes redunde en beneficio de los menos favorecidos”[12]. Se trata de una brújula sólida para cuestiones de justicia distributiva. Sin embargo, no conozco ningún modelo económico que establezca de forma plausible un indicador de la desigualdad aceptable.

En segundo lugar, no hay que confundir el perjuicio de la pobreza con el de la desigualdad. Como dijo el filósofo Harry Frankfurt, los pobres sufren porque no tienen lo suficiente, no porque otros tengan más y algunos demasiado[13]. En términos económicos, no existe una correlación directa entre los crecientes niveles de desigualdad y el empobrecimiento de los más desfavorecidos: podemos tener sociedades perfectamente igualitarias que son pobres y precarias. Yo crecí en una sociedad así y no recomendaría ese modelo.

En tercer lugar, los debates sobre la desigualdad tienden a adoptar una actitud fácil hacia la riqueza al abordarla como algo dado y no como un resultado del proceso de creación de riqueza. Dependiendo de la forma en que la sociedad genere su producción económica, podríamos tener un tipo de crecimiento que permita a algunos enriquecerse mucho pero que también ayude a los más pobres a vivir mejor en términos absolutos, es decir, sufrir menos privaciones. En otras palabras, la desigualdad puede aumentar la pobreza en términos relativos y reducirla en términos absolutos. Todo depende de cómo se produzca la riqueza y se invierta a su vez en el bienestar de la sociedad.

En cuarto lugar, la igualdad es el valor equivocado. Para la izquierda, la solidaridad, y no la igualdad, ha sido tradicionalmente un valor clave. El principio de justicia distributiva que Marx formuló en [La Crítica de] El Programa de Gotha estipula “de cada uno según su capacidad, a cada uno según su necesidad”. Esto encierra una lógica económica solidaria, no igualitaria.

En quinto lugar, la desigualdad es la culpable equivocada. En efecto, la desigualdad puede ser divisiva y socialmente corrosiva, pero la igualdad también puede serlo. En la dictadura (cuasi)socialista bajo la que crecí, la mayoría de la gente era miserable y vivía con miedo de los demás a pesar de la relativa igualdad económica que se impuso en estas sociedades. Afirmar, como oímos a menudo, que en las sociedades liberales occidentales la desigualdad es la causa de la mala física y mental, el encarcelamiento y la desconfianza mutua es como afirmar que en las dictaduras comunistas la igualdad conducía a la mala salud, el encarcelamiento y la desconfianza. Pero sería una afirmación absurda. Fue la opresión política la que causó esas cosas, no la igualdad. Los regímenes totalitarios de Europa del Este crearon sociedades igualitarias, pero ciertamente no solidarias, ya que la combinación de poder político discrecional y economías mal gobernadas creó una atmósfera de desconfianza mutua y competencia por

unos recursos escasos. Es la precariedad, en las democracias capitalistas, la que erosiona la confianza y daña nuestra salud.

En sexto lugar, las luchas que se centran exclusivamente en la desigualdad de la riqueza tienen un espíritu neoliberal. Los llamamientos a una mayor igualdad parecen progresistas, un rechazo a la lógica del capitalismo salvaje. Sin embargo, el alejamiento de la convención neoliberal es sólo aparente.

Pensar en términos de desigualdad implica una lógica de comparación entre individuos y presenta la idea de justicia social en términos individualistas: como una cuestión circunstancias personales, de riqueza privada. Este enfoque en las circunstancias individuales es una marca registrada de la mentalidad neoliberal. Este pensamiento elimina la noción de bienestar colectivo que siempre ha sido fundamental para el socialismo, ya que propugnaba una economía solidaria sin hacer hincapié ni en la igualdad ni en la prosperidad. La igualdad dentro de la prosperidad no es una idea socialista; la solidaridad en el bienestar sí lo es.

En séptimo lugar, a la gente no le importa. Rara vez son conscientes de cuánto tienen los demás en comparación con ellos, ni se preocupan mucho por ello. En las sociedades capitalistas, bastantes pobres admiran a los ricos y algunos aspiran a serlo ellos mismos. El mal de la desigualdad lo inventan los expertos que se ganan la vida recopilando y publicando estadísticas un medio de vida extraordinariamente seguro.

La pregunta importante que hay que hacerse es: ¿cuándo se convierte el hecho estadístico de la desigualdad económica en una forma de injusticia social? Una respuesta: cuando la riqueza conlleva un privilegio social; cuando la riqueza extrema se traduce en un poder interesado y depredador. Entonces debemos identificar los mecanismos institucionales que traducen la riqueza en voz política (como las normas de financiación de las campañas en Estados Unidos) y eliminarlos. En este caso, el remedio realista no es la redistribución, sino el poder compensatorio: sindicatos y otras organizaciones de masas; partidos políticos fuertes y con principios; persecución del fraude financiero; y vigilancia contra la captura del Estado. Un segundo gran problema surge cuando la riqueza se convierte en la única fuente aparente de seguridad porque los bienes comunes se han agotado. Esta es nuestra situación actual. Los recortes en los presupuestos de la sanidad pública han aumentado indirectamente la precariedad para todos, y esto ha incrementado la importancia de los ingresos personales como fuente de seguridad, aumentando así la relevancia política de la desigualdad. Nos preocupa la desigualdad porque los ingresos personales son la única fuente de que nos queda. Sin embargo, esto es una ilusión, porque, independientemente de lo ricos que seamos como individuos, nadie tiene los medios para asegurarse una asistencia sanitaria fiable, que exige inversiones a largo plazo en ciencia, educación y servicios médicos.

Falacia 6. La precariedad de los ricos no es importante

No hace falta preocuparse por el sufrimiento de los ricos para alarmarse por las consecuencias políticas de la precariedad masiva. Es debido a las nefastas consecuencias de la propagación de la precariedad entre los grupos demográficos y a través de las jerarquías sociales por lo que necesitamos reconocer también la precariedad de los ricos.

Las consecuencias políticas de la precarización masiva son omnipresentes. La inseguridad per se no es el problema, sino la búsqueda de seguridad que desencadena, fuente de muchos males políticos.

En primer lugar, en la actual coyuntura histórica, marcada por la falta de utopías positivas, la precariedad alimenta instintos conservadores e incluso reaccionarios, como hemos visto con el auge del populismo de extrema derecha. Las crisis económicas, cuando se combinan con utopías poderosas, como solían ser el socialismo y el comunismo en el XIX y principios del XX, pueden ser catalizadores de una acción política emancipadora y constructiva. Los experimentos fallidos en Europa del Este y Central y en otros lugares con la aplicación de estos proyectos han difuminado su atractivo y su capacidad para alimentar la movilización política. En este contexto, la precariedad tiende a dinamizar los proyectos políticos conservadores.

En segundo lugar, al alimentar los gustos políticos conservadores, la precariedad desactiva uno de los mecanismos clave de renovación de la democracia: la disrupción. La importancia de la disrupción y la contestación para la democracia ha sido ampliamente reconocida (en los escritos, por ejemplo, de Hannah Arendt, Cornelius Castoriadis y Antonio Negri). Sin embargo, no todas las perturbaciones contribuyen a la salud de la democracia: la irrupción de los movimientos populistas neonazis en las dos últimas décadas es un buen ejemplo de ello. La democracia, más bien, prospera a través de un proceso que podríamos llamar “disrupción creativa”, para apropiarnos del famoso término schumpeteriano (de pedigrí marxiano), “destrucción creativa”. La “disrupción creativa” puede venir tanto de abajo como de arriba (de movilizaciones populares y de iniciativas de la autoridad pública). Su objetivo es eliminar las formas de dominación y mantener así la igualdad de la ciudadanía como esencia de la democracia. (En este sentido, las insurgencias supremacistas blancas y antiinmigrantes no pueden calificarse de “disrupciones creativas”, ya que su objetivo es preservar los privilegios). Al radicalizar la sed conservadora de estabilidad, la precariedad drena las energías creativas de la democracia, inhabilita la ‘disrupción creativa’ a través de la cual pueden tener lugar la renovación y el avance democráticos.

En tercer lugar, la precariedad erosiona la solidaridad, ya que todo el mundo trata de salvar su propio pellejo. Tradicionalmente, las clases media y media-alta han defendido a los pobres, que son menos activos políticamente. Actualmente, los ricos abandonan a los pobres, y las clases trabajadoras se vuelven de nuevo contra los inmigrantes por miedo a perder el empleo. Diversas minorías compiten por ser víctimas, ya que es la única vía aparente de protección social, mientras que las élites gobernantes obtienen su poder del clientelismo que otorgan a minorías selectas. Los conflictos entre formas de precariedad y la competencia entre grupos precarios por unos recursos de estabilidad y seguridad cada vez menores son algunos de los obstáculos más graves en el camino de la política progresista.

En cuarto lugar, la precariedad tiende a agudizar la propensión de las democracias a dar prioridad a las preocupaciones del presente sobre las del futuro. En palabras de un manifestante de los Chalecos Amarillos en relación con las preocupaciones sobre el cambio climático: “Nos estáis pidiendo que nos preocupemos por el fin del mundo, pero nosotros nos preocupamos por el fin de mes”.

En quinto lugar, la precariedad establece incentivos negativos en toda la escala de la toma de decisiones. La precariedad de la clase dirigente -nuestros líderes elegidos democráticamente- ha destruido incluso su sano sentido de la vanidad, que tradicionalmente ha impulsado a los privilegiados a actuar en pro del interés público (la sed de grandeza que Humboldt encontraba tan natural). La inseguridad está haciendo más bien que las élites se centren en el enriquecimiento personal (obsérvese el aumento de los escándalos de corrupción y malversación de fondos) a riesgo de la humillación pública.

Por último, sexto: como he señalado antes, la precariedad es políticamente debilitante: dirige todos nuestros esfuerzos a encontrar y estabilizar fuentes de ingresos, sin dejar tiempo ni energía para batallas más amplias sobre el tipo de vida que queremos vivir.

Conclusión: Encontrar la salida

¿Cómo salimos de este círculo vicioso en el que la precariedad alimenta el hambre de estabilidad, que a su vez alimenta la autocracia que nos desempodera? ¿Cómo recuperamos nuestro gusto por el riesgo, por la experimentación, por pensar a lo grande y

¿actuar con valentía? Para encontrar la salida a la metacrisis de los últimos veinte años, debemos recordar que la esencia de la precariedad es la impotencia. Por lo tanto, lo opuesto a la precariedad no es la seguridad, sino el empoderamiento, de nosotros como individuos y como sociedades.

¿Cómo lo hacemos? Desafiar a la autoridad pública, fomentar la resiliencia personal y tomarnos la justicia por nuestra mano (como quienes se negaron a cumplir las medidas de seguridad durante la pandemia de coronavirus) son caminos traicioneros hacen recaer aún más responsabilidad en los individuos por cosas que no pueden controlar (como la salud pública). En lugar de ello, tenemos que devolver las responsabilidades a donde pertenecen -a la autoridad pública- y exigir medidas y una estricta rendición de cuentas.

Aparte de los múltiples efectos perjudiciales de la precariedad sobre la agencia, hay una buena noticia: para la mayoría de la gente este tipo de vida no es atractivo. Incluso los ganadores del juego del beneficio competitivo se han vuelto reacios al juego, ya que el precio de ganar es demasiado alto: mala salud mental y física, sin tiempo para disfrutar de la vida para la que la riqueza se supone que es el medio. Hay aquí un gran potencial para el cambio radical. La cuestión es cómo movilizar este potencial.

Aparte de construir comunidades solidarias de propósito y valor (desde sindicatos a sociedades de lectura), es decir, colectividades impulsadas por la cooperación en lugar de la competencia, el empoderamiento puede venir de dos direcciones: una es económica, la otra política. En primer lugar, el aumento de la seguridad económica (no me refiero a la igualdad dentro de la riqueza, sino a unos medios de vida seguros y a unos bienes comunes sólidos) eliminará la sed de estabilidad. La estabilidad, lo admito, es un valor revolucionario poco probable: carece del glamour de “Liberté, Égalité, Fraternité”. Pero es una condición necesaria para los tres. Sin un suelo estable no podemos caminar erguidos y alcanzar el cielo. Como un proverbio búlgaro: “El pollo hambriento sueña con maíz”. Con maíz, no con cielos azules.

El camino político de la capacitación no es el de los llamamientos, ahora tan de moda, a “más democracia” (entendida como la aportación de los ciudadanos a la toma de decisiones, que a menudo tiene el efecto de hacer recaer la responsabilidad en los ciudadanos), sino el de “más responsabilidad”. La responsabilidad de las elecciones democráticas (votantes enfadados que “despiden” al gobierno) no es suficiente para obligar a las élites gobernantes a gobernar con responsabilidad social. En mi trabajo establezco una distinción entre un gobierno democráticamente responsable y un gobierno socialmente responsable. El primero vincula el proceso político al presente, a las preferencias del electorado, a consideraciones de conveniencia a corto plazo. El gobierno socialmente responsable está al servicio del bienestar general y a largo plazo de la sociedad. Esto se consigue capacitando a las personas para que utilicen lo que Rainer Forst ha denominado “el derecho a la justificación”: pedir cuentas a las élites gobernantes, exigir una justificación razonada de las políticas y presionarlas así para que

asuman su responsabilidad en lugar de en los ciudadanos o en el mercado. Esto significa que tenemos que diseñar mecanismos nuevos y más fuertes de responsabilidad política.

No debemos esperar a otra crisis para exigir un gobierno socialmente responsable. “Cualquier idiota puede enfrentarse a una crisis; es la vida cotidiana la que desgasta”, decía el gran escritor ruso Antón Chéjov. Desgastados por la confusa y confusa gestión política de esta pandemia, lo mínimo que podemos exigir a nuestros gobiernos es cierta estabilidad económica y responsabilidad política, por el bien de nuestra cordura, si no por el bien del bienestar y la felicidad que todas las fuerzas políticas prometen ahora con tanto entusiasmo.

Notas

1 Este comentario presenta mis últimas reflexiones sobre la precariedad, ya que incorpora los elementos de conceptualización que surgieron en las conversaciones, tras la publicación de *Capitalism on Edge*, con Amy Allen, Paul Apostolidis, Enrico Biale, Mark Blyth, William Callison, Daniela Caruso, James Chamberlain, Lucas Chancel, Azar Dakwar, Jaime Aznar Erasun, Jodi Dean, John Judis, James Galbraith, David Ingram, Jonathan Klein, Steven Klein, Yvan Krastev, Douglas Lain, Sandro Liniger, Benjamin McKean, Eilat Maoz, Lara Monticelli, Kalypso Nicolaidis, Claus Offe, Marina Prentoulis, Luigi Pellizzoni, Shalini Randeria, Robert Reich, Enzo Rossi, Diederik Samsom, Vivien Schmidt, Marci Shore, Hilary Silver, Guy Standing, Michael Stein, Göran Therborn, Vula Tsetsi, Nadia Urbinati, Ivan Vejvoda, Camila Vergara, Lea Ypi, los participantes en las reuniones anuales del Círculo de Teoría Crítica Radical en Nisyros, Grecia, en 2022, así como con mis colegas de la Comisión Independiente para la Igualdad Sostenible del Parlamento Europeo durante la redacción de *The Great Shift – from a Broken World to Sustainable Wellbeing* (Oct. 2021). Una versión abreviada de este comentario apareció como A. Azmanova, “Wo finden Die Zeit (sección Sinn & Verstand), 9 de septiembre de 2021. También me baso aquí en una serie de publicaciones y conferencias posteriores a la publicación de *Capitalism on Edge*. La lista completa puede consultarse en: <https://www.azmanova.com/documents/Research/azmanova-research-on-precarity.pdf>

2 Para las protestas excepcionales, por su naturaleza, de Black Lives Matter, véase A. Azmanova, “Viral Insurgencies: Can Capitalism Survive Covid?” *Theory and Event* (pandemic special issue) 23/5 (2020): S87-S109.

3 Michael Sandel, entrevista para *Die Zeit* (sección Sinn & Verstand 26 oct. 2018): <https://www.zeit.de/2018/44/michael-sandel-demokratie-gemeinwohl-philosophie>

4 Véase Zygmunt Bauman, *Community. Seeking Safety in an Insecure World* (Cambridge: Polity 2001) y *Liquid Times: Living in an Age of Uncertainty* (Cambridge: Polity 2006); Ulrich Beck, *Risk Society: Hacia una nueva modernidad*. Londres: Sage 1992 y *World Risk Society* (Cambridge: Polity, 1998); Anthony Giddens, “The Self: Ontological Security and Existential Anxiety” y “Fate, Risk and Security”, *Modernity and Self Identity* (Wiley-Blackwell, 1991), pp. 35-70; 109- 144.

5 Joseph Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy* (1942), Londres y Nueva York: Routledge 2003, edición Taylor & Francis e-Library; pp 88-89; 105.

6 Tom Hayden, *The Port Huron Statement* (1962). Nueva York: Thunder’s Mouth Press, 2005.

7 Humboldt, Wilhelm von. *The Sphere and Duties of Government* (1792), Londres: John Chapman 1854.

8 Franklin D. Roosevelt, Mensaje del Estado de la Unión al Congreso, 11 de enero de 1944

9 Heródoto. La Historia (Ἱστορίαι), c. 430 a.C.; Traducción de Gren, David. Chicago, IL: University of Chicago Press, 1987

10 Véase al respecto A. Azmanova y B. Howard, Binding the Guardian: On the European Commission's Failure to Safeguard the Rule of Law (Bruselas: Parlamento Europeo, 2021).

11 "Young Goldman Sachs bankers ask for 80-hour week cap", CNN, 19 de marzo de 2021: <https://www.bbc.com/news/business-56452494>

12 John Rawls, A Theory of Justice (Belknap Press of Harvard University Press, 1971); p. 303.

13 Harry G. Frankfurt, On Inequality (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2015).

4.- Democracia con visión de futuro: la clave para una transición socialmente sostenible en Europa (y más allá) (2023)

Albena Azmanova & Kalypso Nicolaïdis (2023): “Democracy with foresight: the key to a socially sustainable transition in Europe (and beyond)”, pp. 19-29, de: Countouris, N. et al., 2023. Socially Sustainable Transition in Europe: Democracy with Foresight, ETUI: European Trade Union Institute. Belgium. Retrieved from <https://coilink.org/20.500.12592/qmj7nv> on 04 May 2025. COI: 20.500.12592/qmj7nv.

Introducción

¿Cómo puede la Unión Europea encauzar el rumbo hacia el bienestar social y ecológico a largo plazo en un contexto de emergencias incesantes? Dos décadas de perpetua gestión de crisis han erosionado enormemente la capacidad de Europa para perseguir un futuro sostenible, ya que las consideraciones de conveniencia a corto plazo siguen obstaculizando las cuatro transiciones necesarias: ecológica, digital, geopolítica y socioeconómica. Al mismo tiempo, sin embargo, pocas políticas en el mundo están mejor preparadas para diseñar y promover políticas a largo plazo. Este editorial se basa en las respectivas investigaciones de sus autores sobre la transformación social progresiva y la integración europea sostenible para identificar un camino para la transición socialmente sostenible que ahora necesitamos y que el resto de este número de Benchmarking Working Europe explora más a fondo.

Por fin nos hemos dado cuenta de que el mundo ha cambiado irrevocablemente. Atrapados en el epicentro de una transición de múltiples capas, nos preguntamos cómo los numerosos actores implicados cumplirán con la tarea de desplegar los enormes recursos sociales necesarios para abordar los grandes impactos redistributivos de esta transición y el intenso conflicto político que crearán. Aún no podemos saber hasta qué punto los europeos gestionarán eficazmente las cuatro vertientes de esta transición (ecológica, digital, geopolítica y socioeconómica) o, en otras palabras, las acciones públicas y privadas destinadas a canalizar los cambios estructurales en juego, como los efectos deletéreos de nuestra Era Antropocena, la distopía conjurada por el Homo Deus digital y la agitación geopolítica provocada por los rápidos cambios en la distribución del poder mundial, que se aleja del Occidente opulento. Aunque todavía son posibles muchas trayectorias en el contexto de estos cambios estructurales, cada vez está más claro que las tres primeras transiciones -verde, digital y geopolítica- dan lugar a un cuarto imperativo: la transición socioeconómica hacia sociedades inclusivas, solidarias y justas. ¿Cómo debemos concebir entonces la política de la “Europa Social” como parte integrante de una transición de múltiples

capas? Si la Europa social es la Cenicienta de la agenda política, creemos que el movimiento sindical es el Hada Madrina cuya labor es empoderar a la huérfana desatendida. A su vez, sin embargo, esta vocación depende de una serie de condiciones de posibilidad.

En lo que sigue, evaluamos estas condiciones examinando el cambiante panorama de las transformaciones sociales y, en última instancia, destacamos la responsabilidad de las instituciones de la UE y de los agentes de la sociedad civil (incluidos los sindicatos) en la tarea de salvaguardar la cuarta transición.

RETOS DE LA TRANSICIÓN

¿Cuáles son los parámetros más relevantes de las cuatro transiciones y sus retos asociados? Una serie de conmociones exógenas han servido de catalizadores, afectando al ritmo y la magnitud de cada una de ellas: estas conmociones van desde el trauma medioambiental que cada vez se deja sentir de forma más tangible hasta la repentina afluencia de refugiados, los problemas del coste de la vida, las emergencias de salud pública y los conflictos armados en las fronteras de Europa y en otros lugares. Aunque los choques no tienen por qué convertirse en crisis recurrentes, su amalgama en una “policrisis” magnifica su impacto, lo que a su vez afecta a los márgenes de maniobra disponibles a la hora de afrontar las transiciones a largo plazo. Las estrategias de resiliencia que adopte la UE para gestionar los choques exógenos y los conflictos internos que desencadenen determinarán el potencial transformador de las transiciones. Entonces, ¿cómo afrontar estos retos a corto plazo en consonancia con nuestros objetivos a largo plazo? Y lo que es más importante, ¿cómo podemos reforzar la Europa Social mientras navegamos por las otras tres transiciones?

Una estrategia global para navegar por la transformación actual exigiría considerar los conflictos clave que estructuran la cambiante cartografía social de Europa y las tensiones políticas generadas por estos conflictos en los cinco ámbitos siguientes:

- El ámbito de la economía política, en el que a la antigua división entre capital y trabajo se superpone un conflicto entre consumidores y productores, incluido el conflicto sobre las emisiones de CO₂; estos conflictos se complican por las demandas sistémicas de crecimiento que sustentan la producción, el empleo y el consumo. De manera crucial, la cuestión que se plantea aquí es la de las necesidades básicas: ¿qué tipo de consumo es una cuestión de necesidad humana básica y cuál es una cuestión de un estilo de vida insostenible, fomentado por un consumo ostentoso que crea incentivos de acumulación más allá de la necesidad o incluso de la comodidad?
- El ámbito de las identidades políticas dentro de Europa, donde vemos un conflicto entre ciudadanos europeizados y ciudadanos vinculados a una nación, con ambos grupos manteniendo creencias opuestas sobre el papel de la UE y el tipo de solidaridad que debería desplegar.

A su vez, estos dos ámbitos estructurales afectan los tres siguientes:

- El ámbito de la política espacial en Europa, donde las tensiones se producen entre el este y el oeste, el norte y el sur, los nómadas y los colonos o los de dentro y los de fuera, con cada uno de estos grupos reflejando una visión política y cultural diferente sobre quiénes los individuos más vulnerables y cómo debe tratarlos la UE.
- El reino de la política del tiempo, donde los retos transitorios ponen al descubierto los conflictos entre las generaciones que coexisten hoy, o lo que es lo mismo, los jóvenes

y los viejos, y entre las generaciones vivas y las generaciones futuras, así como -lo que es más prosaico- los distintos grados de preferencia por el presente tienen las diferentes clases sociales.

– El ámbito de la política democrática, donde la naturaleza de nuestra transformación se decidirá en última instancia por nuestra capacidad para gestionar los conflictos mediante prácticas democráticas a todos los niveles, desde el mundo del trabajo y la democracia industrial hasta el mundo de la educación o el mundo del Estado. Debemos aprovechar nuestra oportunidad para refundar nuestra democracia y remodelar nuestra geopolítica democrática.

Por decirlo de un modo más sencillo, podríamos decir que estos cinco ámbitos conforman conjuntamente el espacio político en el que tiene lugar la transición de la política económica subyacente. Antes de intentar evaluar cómo podría desplegarse en este espacio una visión renovada de la Europa social, debemos establecer los parámetros pertinentes que se encuentran en las tres dimensiones interconectadas del edificio de la UE: estructural, sociojurídica y socioeconómica.

Los parámetros estructurales se refieren a la inserción global de las sociedades europeas y a las asimetrías de poder global de las que Europa forma parte. El orden mundial en red surgido de la última oleada de globalización de los años ochenta tuvo dos importantes efectos estructuradores. En primer lugar, la economía globalmente integrada se configuró como un entramado de cadenas de valor y redes de producción transnacionales, con las consiguientes fragilidades que puso de manifiesto la pandemia de Covid-19. En segundo lugar, a lo largo de los últimos 40 años, las sociedades europeas se han desindustrializado considerablemente, lo que ha alterado la estructura de las economías nacionales y ha provocado cambios demográficos (por ejemplo, el equilibrio entre la mano de obra obrera [cuello azul] y la mano de obra calificada [cuello blanco] se ha inclinado a favor de estos últimos). Y lo que es más importante, mientras que el enfoque de posguerra de la gobernanza económica internacional se inclinaba hacia el “liberalismo integrado” o la idea de que los imperativos sociales nacionales debían prevalecer sobre el libre flujo de capital a través de las fronteras, recientemente hemos avanzado hacia el “liberalismo desintegrado”. El compromiso político con el libre comercio en mercados integrados globalmente se ha ido desconectando progresivamente de las sociedades a las que estas políticas debían servir, con efectos estructuradores de gran alcance tanto en las sociedades europeas como en el orden mundial. Este orden también ha sido moldeado por las prácticas de lo que Naomi Klein (2005) ha descrito como “capitalismo del desastre”: El uso que hacen los gobiernos occidentales del miedo y la desesperación que generan las catástrofes para emprender una ingeniería social y económica radical, de la que se beneficia la industria de la reconstrucción de las empresas privadas. Las dinámicas estructurales también se manifiestan en el cambio climático liderado por la desigualdad global, con todas las cuestiones de justicia climática global que ello conlleva. En este caso, el destino de la cuarta transición se verá afectado por el equilibrio que se logre entre la dinámica de creación y asignación de riqueza impulsada por la economía frente a la redistribución basada en el Estado (incluso mediante la gestión de la inflación).

Los parámetros jurídicos de la transición de la política económica afectan a la ciudadanía europea: ¿qué derechos sociales transnacionales en los ámbitos de la seguridad social y el bienestar deben concederse a los individuos para garantizar cierto grado de protección frente a los riesgos sociales relacionados con el trabajo, el desempleo, la asistencia sanitaria, las pensiones y la pobreza? El mercado común se dotó de una ciudadanía social embrionaria en la década de 2000, pero la naciente Europa Social sufrió reveses a medida que los derechos sociales, nominalmente conferidos por ley, se erosionaban bajo las presiones de las medidas

neoliberales de “ajuste estructural” catalizadas aún más por la crisis de 2008. Hay que reconocer que los últimos cinco años han ido bastante bien para los “huérfanos desatendidos”: especialmente durante la pandemia, la UE cumplió con los ciudadanos trabajadores de Europa. Sin embargo, este impulso puede estar decayendo, y el Pilar de Derechos Sociales puede haber agotado su potencial propulsor. La Europa social sigue siendo un mosaico de viejos instrumentos del siglo XX que coexisten con un número limitado de instrumentos más actualizados, junto con una falta de visión sobre cómo todo esto encaja con las demás transiciones. Como argumentamos al final de este editorial, el movimiento sindical europeo está en condiciones de liderar la construcción del amplio ecosistema democrático necesario para conectar los puntos y alimentar un modelo social europeo vibrante.

Por último, pero no por ello menos importante, debemos considerar la transición que surgen como reacción al impacto social de la gobernanza neoliberal. Este impacto implica tres fenómenos: desigualdad creciente, empobrecimiento y precariedad. El aumento de la desigualdad y el empobrecimiento de los más desfavorecidos en las democracias occidentales ha sido un tema central de la investigación y la formulación de políticas, como se refleja en el excelente número especial de Benchmarking Working Europe publicado el año pasado (Countouris et al. 2021). La precarización asociada a la pobreza en el trabajo, que tiene su origen en empleos precarios y mal remunerados, también ha sido objeto de numerosas investigaciones (por ejemplo, Apostolidis 2019; Standing 2011). Sin embargo, la precariedad generalizada -la propagación de la precariedad en todo el espectro social- es un fenómeno más reciente y hasta ahora ha permanecido al margen del interés académico y político, mientras que sus implicaciones para la cuarta transición son significativas. Por lo tanto, lo abordaremos aquí con cierto detalle.

Precariedad: un malestar social agudo

A diferencia de los sociólogos de la modernidad, desde Max Weber hasta Ulrich Beck o Anthony Giddens, que tienden a despolitizar la precariedad cuando afirman que la creciente inseguridad es endémica de la modernidad, tenemos que preguntarnos qué tipo de política y qué tipo de política genera activamente la precariedad al traducir el riesgo y la incertidumbre generales en fragilidades patológicas, conjurando lo que, para Antonio Gramsci, habría sido un pesimismo generalizado: el mayor peligro al que nos enfrentamos actualmente, dado que sus consecuencias son la pasividad política, el letargo intelectual, el escepticismo sobre el “ (Gramsci 1924). De hecho, la precariedad es una condición de vulnerabilidad económica y social generada políticamente y arraigada en la inseguridad de los medios de subsistencia (Azmanova 2020a, 2021; Apostolidis et al. 2022; Arriola Palomares 2007; Choonara et al. 2021). Perjudica no sólo el bienestar material y psicológico de los individuos, sino también la capacidad de la sociedad para hacer frente a la adversidad y gobernarse a sí misma. Dos características de la precariedad merecen especial atención: sus orígenes políticos y su escala masiva.

En torno al cambio de siglo, a medida que se intensificaba la competencia en el mercado mundial gracias a la mencionada propagación del liberalismo desvinculado, lograr y mantener la competitividad se convirtió en la principal prioridad política de muchos gobiernos; la “Agenda de Lisboa” de la UE es un buen ejemplo. Este compromiso con la competitividad sustituyó a la política de crecimiento y redistribución del Estado del Bienestar (una fórmula que efectivamente proporcionó la afluencia inclusiva del Estado del Bienestar de posguerra a costa de un trauma medioambiental), pero también se superpuso al mantra de la competencia sin trabas que fue el rasgo dominante de las décadas neoliberales de 1980 y 1990.

En aras de garantizar la competitividad nacional en la carrera mundial por los beneficios, las autoridades públicas no sólo privatizaron los activos públicos, recortaron drásticamente el gasto social y redujeron la seguridad del empleo, sino que también, a menudo violando las normas formales de la UE, llegaron a acuerdos ventajosos con empresas mundiales, creando así privilegios sociales tanto para el capital como para el trabajo dentro de estas empresas. La búsqueda de la competitividad en la economía mundial acabó permitiendo que la lógica económica penetrara en todas las esferas de la toma de decisiones, incluida la sanidad pública. La *raison d'économie* se convirtió en la nueva *raison d'état*.

Esta fórmula política, sin embargo, es una forma de gobierno socialmente irresponsable, en la que los gobiernos establecen objetivos políticos (por ejemplo, garantizar la competitividad) sin tener en cuenta el impacto más amplio y a más largo plazo sobre la resiliencia de la sociedad. Aunque las élites políticas prometieron lealtad a la democracia, se dedicaron a una forma de gobierno que, incluso cuando respondía a las ansiedades y preocupaciones inmediatas de los ciudadanos (como en el caso del Brexit), no asumió la responsabilidad del bienestar social más amplio y a más largo plazo, desde el impacto sobre el medio ambiente hasta los efectos sobre las personas y las sociedades en Europa y más allá. Al desestabilizarse así los mundos vitales y los medios de subsistencia, nuestras sociedades se vieron afectadas por una epidemia de precariedad, incluso cuando se recuperaron en cierta medida del colapso financiero de 2008.

Desde el punto de vista político, observamos que en el núcleo de la precariedad no se encuentra la incertidumbre, la inestabilidad o la inseguridad, sino la impotencia. Así lo sugiere el origen etimológico del término en la palabra latina “*precarius*”, que significa “dependiente de la voluntad de otro” u “obtenido por súplica (rogando o suplicando), concedido como favor, dependiente del placer o la misericordia de otros” (de “*prex*”, que significa pedir o rogar).

Esta desresponsabilización se debe a una falta de adecuación entre responsabilidad y poder, ya que los poderes públicos descargan cada vez más responsabilidades en los individuos y las sociedades, responsabilidades que estos últimos son incapaces de gestionar. Conocemos el fenómeno de la responsabilización individual, es decir, la tendencia a asignar responsabilidades a los ciudadanos y a las instituciones públicas sin dotarlas de los medios financieros e institucionales necesarios para llevarlas a cabo (los hospitales mal equipados para hacer frente a la pandemia de coronavirus son un buen ejemplo). Se nos atribuye así la responsabilidad de hacernos empleables y de darnos trabajo mientras la economía política no consigue crear suficientes buenos empleos.

Todo ello ha dado lugar a la generalización de las presiones relacionadas con el trabajo y a la extensión de la precariedad a través de las clases sociales, las ocupaciones profesiones y niveles de ingresos. En resumen, la combinación de automatización, globalización y recortes en los servicios públicos y la seguridad social ha generado una inestabilidad económica masiva para los ciudadanos de a pie: hombres y mujeres, jóvenes y mayores, cualificados y no cualificados, clases medias y pobres por igual. La precariedad es generalizada y está fuertemente estratificada. Es mucho más grave para las minorías, los inmigrantes y otros grupos empobrecidos o desfavorecidos, pero es reconocer que en la actualidad no solo afecta a los que tienen empleos mal pagados y temporales, a los que Guy Standing (2011) se refiere como “el precariado” (similar al proletariado). También provoca tensiones psicológicas en lo que Alissa Quart (2018) ha denominado el “precariado medio”: una clase profesional que engloba a profesores, enfermeros, administradores de mandos intermedios, cuidadores y abogados, todos ellos luchando por sobrellevar la vida en la economía “siempre activa”. La precariedad es ahora una injusticia transversal que afecta a todas las demás formas de perjuicio social, así como a todas las clases y situaciones laborales.

Aunque la precariedad de los sectores más frágiles de la población (los desempleados de larga duración o los que tienen un empleo precario y mal pagado) es una preocupación urgente, también es importante reconocer y abordar la escala masiva y la naturaleza transversal del fenómeno, porque esto tiene efectos políticos significativos (Azmanova 2020a, 2022). Debemos reconocer la precariedad de los “socialmente privilegiados” porque sus preocupaciones no pueden sino tener peso político en nuestras democracias.

A este respecto, cabe señalar que los aspectos personales y sociales de la precarización están estrechamente relacionados; mientras que el empleo precario genera directamente precariedad para los que tienen contratos temporales, los recortes en los presupuestos de la sanidad pública aumentan indirectamente la precariedad para todos. El agotamiento de los bienes comunes también aumenta la importancia de los ingresos personales como fuente de seguridad, con lo que aumenta la relevancia de la desigualdad. Los pobres sufren no porque otros tengan más, sino porque no tienen lo suficiente para asegurarse una vida digna, sobre todo porque las fuentes colectivas de seguridad social están desapareciendo. Sin embargo, el énfasis en los ingresos personales que suele caracterizar los debates sobre la desigualdad (ya que las preocupaciones relacionadas con la desigualdad despliegan la lógica de las comparaciones entre yo y tú, nosotros y ellos) encierra una falacia peligrosa, ya que por muy iguales que como individuos, e incluso por muy ricos que seamos, nadie puede ser lo suficientemente rico como para proporcionarse a sí mismo una buena asistencia sanitaria, ya que ésta depende de una enorme inversión pública en ciencia, educación y prestación médica. Por muy igualitarias que lleguen a ser nuestras sociedades, seguirán siendo frágiles si la precariedad erosiona nuestro bienestar personal y las capacidades colectivas para navegar por nuestra existencia. Por ello, las tres lacras de las democracias liberales contemporáneas -la pobreza, la desigualdad y la precariedad- deben abordarse como problemas sociales distintos.

Dado que afecta a un número cada vez mayor de grupos demográficos y a nuestras sociedades en general, la precariedad debe considerarse como la cuestión social de nuestro tiempo. No se trata aquí de defender un paradigma de “igualdad de la pobreza”. Sin embargo, a medida que la precariedad atraviesa las conocidas líneas divisorias del conflicto y la cooperación y corroe nuestros vínculos sociales, debemos explorar los nuevos nexos emergentes del problema de la precariedad (por ejemplo, entre los desempleados de larga duración y los que tienen empleos estables pero estresantes -ambos precarios, aunque de diferentes maneras), y buscar estrategias emergentes de solidaridad en los cinco ámbitos políticos analizados al principio. Sin embargo, en primer lugar es necesario ser conscientes de las implicaciones políticas de esta situación.

Las corrosivas ramificaciones políticas de la precariedad

La extensión de la precariedad por todo el espectro social tiene importantes implicaciones políticas con respecto a las cuatro transiciones.

1. Dado que la sed de seguridad suele amortiguar cualquier deseo de cambio, las ansiedades públicas tienden a alimentar el populismo xenófobo de extrema derecha que reclama atajos para la seguridad (por ejemplo, el bloqueo de la inmigración). Esto ocurre especialmente cuando no existe una alternativa radical o cuando dicha alternativa se considera inverosímil o incapaz de dar resultados.

2. Otra parte, la precariedad alimenta el apoyo a los regímenes autocráticos. Cuanto más vulnerable se siente la gente, más dispuesta está a confiar en los hombres

fuertes que prometen estabilidad instantánea. Esta es la causa del retroceso del Estado de Derecho en Europa, incluso en democracias maduras como Francia, España y Austria (Azmanova y Howard 2021; Nicolaïdis y Merdzanovic 2021). Sin embargo, los atajos autocráticos hacia la seguridad son traicioneros porque nos desempoderan aún más al abandonarnos al capricho de los dictadores, agravando así la condición de precariedad que pretendemos curar.

3. La precariedad erosiona la solidaridad como la ansiedad sobre la preservación del propio estatus social persigue a todos los grupos sociales. Las clases medias parecen abandonar a los pobres, cuyos intereses habían defendido tradicionalmente -por ejemplo, con la creación del Estado del Bienestar-, y las clases trabajadoras se vuelven de nuevo contra los inmigrantes por miedo a perder puestos de trabajo.

4. Por último, la inseguridad económica es políticamente debilitante: dirige todos nuestros esfuerzos hacia la búsqueda y estabilización de fuentes de ingresos, sin dejar tiempo ni energía para grandes batallas sobre el tipo de vida que queremos vivir. Al radicalizar la sed conservadora de estabilidad, la precariedad agota las energías creativas de la democracia.

El dilema del tiempo en Europa

Ante todos estos retos, una pluralidad de ciudadanos europeos es en general muy consciente de la necesidad de abordar lo que podríamos denominar el dilema temporal de Europa, un dilema que enfrenta, por un lado, las emergencias cada vez más numerosas de la UE y, por otro, su creciente capacidad para planificar a largo plazo. Es cierto que la UE ha empezado a diseñar importantes cambios políticos para hacer frente a la policrisis, pero la aplicación efectiva de estas políticas sigue estando en la cuerda floja. Los objetivos se ven a menudo diluidos por intereses atrincherados en la defensa del statu quo, incluso cuando el liderazgo político se compromete con objetivos políticos audaces informados por preocupaciones públicas bien conocidas, como el Fondo de la Próxima Generación (con sus componentes medioambiental, digital y social formalmente ambiciosos), Fit for 55 (el plan de la UE para la transición ecológica) o REPowerEU (destinado a frenar la dependencia de los combustibles fósiles).

Dado que nuestras sociedades se enfrentan ahora (en el invierno de 2022) a nuevas dificultades económicas con una inflación creciente y unos precios de la energía por las nubes, la tendencia a centrarse en los problemas actuales a expensas de la visión a largo plazo y de intereses sociales más amplios está destinada a . No podemos preocuparnos por el fin del mundo mientras estamos preocupados por el fin de , parafraseando la ocurrencia de un participante en las protestas de los Chalecos Amarillos en Francia. Sin embargo, se trata de un círculo vicioso: cuanto más posponemos abordar las preocupaciones del mañana, más crisis tenemos entre manos, acortando y estrechando incesantemente nuestro horizonte político.

Por lo tanto, el problema no es que estemos en crisis (que puede ser un impulso para la transformación), sino que somos incapaces de salir de la crisis porque sus causas profundas se han institucionalizado en una nueva normalidad. La sociedad está atrapada en un estado de inflamación crónica e interminable (Azmanova 2020b).

Dos factores se combinan para fomentar la tiranía del presente. Como ya se ha dicho, nuestra economía política genera una precariedad masiva, que hace que la gente tema el riesgo y el cambio, aunque admita que el cambio es urgentemente necesario. Al mismo tiempo, nuestros sistemas políticos no están a la altura del reto, ya que se basan en ciclos electorales cortos, en

la política partidista y en el sufragio anónimo, que institucionalmente potencian la visión corta y estrecha. ¿Cómo remediar este doble obstáculo?

REMEDIOS: LA RENOVACIÓN DE LA DEMOCRACIA

La crisis de Covid-19 ha dado lugar a una paradoja en la que los gobiernos, la sociedad civil y las empresas han visto crecer su poder respectivo en diferentes ámbitos, lo que ha provocado una competencia cada vez mayor entre ellos. Lo ideal sería que se establecieran asociaciones de gobernanza de amplio alcance para hacer frente a la frustración generalizada y pasar a una política de esperanza y movilización militantes.

¿Cómo es posible? ¿Cómo podemos volver a pensar a lo grande? ¿Cómo podemos recuperar nuestra agencia individual y colectiva para navegar por las cuatro transiciones? ¿Qué deberían intentar conseguir los movimientos progresistas? ¿Cómo podemos responder a las preocupaciones del “fin de mes” a la luz de las preocupaciones del “fin del mundo” y viceversa? Dado que Tocqueville cifró gran parte de su esperanza en la democracia en la convergencia socioeconómica entre las personas, la respuesta a estas preguntas creará lo que llamamos un *ciclo virtuoso tocquevilliano*: luchando contra la precariedad (en el sentido amplio defendido en este editorial), creamos las condiciones para el pensamiento y la acción política solidaria. Al mismo tiempo, al construir la democracia, generamos la voluntad política de promulgar las reformas necesarias para superar y trascender la precariedad.

Por lo tanto, tenemos que identificar las condiciones propicias en las que las democracias no sólo sobreviven, sino que son capaces de absorber las perturbaciones endógenas y exógenas, manteniendo al mismo tiempo la flexibilidad suficiente para generar nuevos espacios de legitimidad política y empoderamiento de los ciudadanos. No existe una mano invisible de la democracia que genere estas condiciones: la democracia se produce a través de un compromiso público específico y continuo. La democracia es lo que los demócratas hacen de ella. modo de ejemplo, el efecto beneficioso de la democracia industrial y la mayor participación de los trabajadores en la toma de decisiones de las empresas está bien documentado: disminuye la explotación y reduce la desigualdad en la empresa y en la sociedad y, en términos más generales, existe un fuerte nexo entre la democracia en el lugar de trabajo y la sostenibilidad social y medioambiental (Deakin 2021; Battilana et al. 2022; De Spiegelaere et al. 2019). Sin embargo, estos efectos no pueden materializarse plenamente en el contexto de una competencia mundial cada vez mayor, ya que los propios trabajadores se ven limitados por la hegemonía del afán de lucro. A menos que la democratización de la producción se integre en una agenda democrática y económica verdaderamente transformadora, también corre el riesgo de aumentar la inversión personal de los trabajadores en una competitividad irreflexiva con todas las repercusiones negativas conocidas sobre los seres humanos y la naturaleza: desde la autoexplotación, la mala conciliación de la vida laboral y familiar y los trastornos de salud mental hasta las prácticas económicas extractivas que destruyen el ecosistema.

Por lo tanto, es importante resistirse a la inclinación neoliberal de cargar a la democracia con responsabilidades que estructuralmente está incapacitada para desempeñar. Si consideramos la democracia como el conjunto de instituciones y prácticas que garantizan que el poder público sirva al interés público, no basta con centrarse únicamente en los procedimientos que delegan el poder. Debemos considerar además cómo estos procedimientos o estructuras protegen al Estado (y a otras formas de colectividad) de la captura a manos de intereses particulares y facciosos (Bagg 2021).

En términos más generales, esto implica preguntarse cómo la renovación democrática puede abordar conjuntamente la economía política y el orden político. La economía política del empoderamiento democrático exige aislar a las sociedades europeas de las presiones nefastas de un enfoque exclusivo en la competencia mundial por el beneficio. Así pues, exige modificar nuestra filosofía económica para replantearnos el significado del “crecimiento” y la prosperidad inclusiva y hacer hincapié en la solidaridad en el bienestar, de la que la estabilidad económica es una piedra angular (Azmanova y Galbraith 2020; Azmanova 2021b). Centrarnos en la estabilidad, en lugar de simplemente en la prosperidad, nos permitirá conciliar mejor la justicia ecológica y la justicia social. No basta con aumentar la resiliencia, es decir, fortalecer nuestras sociedades y comunidades para resistir la adversidad. Sobre todo, tenemos que abordar los factores sociopolíticos de la vulnerabilidad y exigir que la autoridad pública, en todos los niveles de gobernanza, asuma la responsabilidad de realizar evaluaciones sistemáticas a largo plazo de la gestión de crisis.

Esto no sucederá sin, a su vez, adaptar nuestro orden político para dar cabida al tipo de poder compensatorio dirigido por los ciudadanos que mejor garantiza una sociedad civil pluralista que cuente con una amplia gama de organizaciones voluntarias, medios de comunicación, instituciones académicas, agrupaciones sociales o confesiones religiosas, comprometidas en coaliciones que velen por el interés público para hacer frente a la captura tanto del Estado como de las empresas. Los mecanismos actuales de responsabilidad electoral son demasiado débiles para vincular la toma de decisiones a una visión a más largo plazo y al interés público más amplio. Por un lado, el voto democrático, emitido en privado, expresa cada vez más cálculos de costes y beneficios personales y a corto plazo, una preocupación que Thomas Jefferson ya expresó en los inicios de la democracia estadounidense. Por otro lado, el miedo a perder las elecciones está resultando un mecanismo demasiado débil para vincular a los gobiernos al interés público. En su lugar, necesitamos combinaciones radicales e innovadoras de democracia representativa a través de elecciones, democracia deliberativa a través de asambleas de ciudadanos y democracia directa a través de referendos o preferendos sobre una serie de opciones. Para que este modelo funcione, los organismos sociales intermediarios como los sindicatos deben desempeñar un papel clave en cada una de las patas de este trípode y ayudar a estructurar nuevas formas de empoderamiento abiertas a la gran variedad de nuevos actores y prácticas que están surgiendo para hacer frente al reto de la transición: desde las organizaciones internacionales informales hasta la sociedad civil informal (Youngs et al. 2022), y desde la red política global hasta el activismo digital local.

Sólo con esta visión ampliada del empoderamiento podemos esperar ampliar e impulsar la visión de la democracia: la ampliación del horizonte de la movilización política más allá de las estrechas preocupaciones personales, y la ampliación del horizonte político más allá de las exigencias inmediatas del presente. En otras palabras, tenemos que pensar en cómo hacer que la política responda democráticamente a las preocupaciones inmediatas de los ciudadanos y sea socialmente responsable de los intereses más amplios de las sociedades, más allá de intereses del demos políticamente activo, es decir, teniendo en cuenta los intereses de las generaciones futuras, los de las naciones no pertenecientes a la UE y los del planeta.

Tomando a la UE en su conjunto, esta agenda encaja en la senda de la integración sostenible, definida como la “capacidad duradera de mantener la cooperación dentro de la Unión a pesar de la heterogeneidad de su población y de sus acuerdos políticos nacionales” (Nicolaidis 2010). Podría decirse que la UE está constitutivamente dotada de la capacidad de servir a esa agenda como guardiana del largo plazo, porque sus órganos decisorios están relativamente aislados de la presión pública a corto plazo, al tiempo que se abren al diseño democrático a largo plazo (Nicolaidis 2019). Este es, quizá un tanto paradójicamente, el lado positivo del déficit democrático

que se percibe en la UE: la UE es capaz de ofrecer democracia con previsión (de ahí el título de este editorial), y capaz de evaluar y conciliar las acciones a corto plazo con los objetivos a largo plazo (Begg et al. 2015). Si, a raíz de la pandemia de Covid-19, las instituciones de la UE han ganado significativamente más agencia, tanto mejor pueden poner esa agencia a trabajar a través de un compromiso sistémico para perseguir la integración sostenible en una gran alianza con actores progresistas de todo el continente.

Entre otras cosas, la integración sostenible al servicio de las cuatro transiciones analizadas en este número especial requiere mecanismos novedosos de responsabilización que mejoren la rendición de cuentas de los actores poderosos respecto a los compromisos políticos a largo plazo a través de las fronteras, basándose en el ejemplo del movimiento sindical, donde la coordinación ayuda a fomentar la consideración del otro y la solidaridad. Los sindicatos también pueden contribuir a hacer cumplir la nueva generación de cláusulas de responsabilidad social introducidas en los acuerdos internacionales, basándose en el ejemplo del (proyecto de) Directiva sobre la diligencia debida de las empresas en materia de sostenibilidad, que obliga a las empresas a abordar los impactos adversos de sus acciones, incluso en sus cadenas de valor dentro y fuera de Europa, y donde los sindicatos pueden desempeñar un papel crucial de ejecución (García Bercero y Nicolaïdis 2023).

Los sindicatos también pueden apoyar mecanismos novedosos de rendición de cuentas democrática en los que participen los ciudadanos y la sociedad civil organizada, que podrían pedir cuentas a todas aquellas élites que estructuran perpetuamente la economía política europea sobre la forma en que salvaguardan los objetivos políticos más amplios y a más largo plazo. Si un “panóptico democrático” (Nicolaïdis 2021) que aprovechara Internet creara un entorno institucionalizado de transparencia (en relación con el gasto de fondos) en el que las acciones de los responsables de la toma de decisiones pudieran ser examinadas en cualquier momento por cualquier actor que quisiera y pudiera hacerlo, se necesitarían coaliciones de fuerzas sociales organizadas para transformar la información en poder económico real. En la misma , hemos avanzado la idea de una “Plataforma Ciudadana por el Estado de “ digital, en la que los ciudadanos registren sus quejas en relación con el Estado de Derecho. Se trata de una dinámica que puede ser facilitada por la experiencia sindical, que a su vez puede ser facilitada por diversos actores (Azmanova y Howard 2021; Nicolaïdis y Merdzanovic 2021).

No partimos de cero. De hecho, podemos basarnos en los derechos sociales transnacionales emergentes y las medidas de equidad social a nivel de la UE, como la reciente Directiva sobre el salario mínimo adecuado adoptada en octubre de 2022, que promueve la negociación colectiva sobre la determinación de los salarios a nivel sectorial e incluso intersectorial. Del mismo modo, tomamos nota del sistema experimental de reaseguro de desempleo de la UE introducido en 2020 [por ejemplo, el mecanismo SURE (temporary Support to mitigate Unemployment Risks in an Emergency: apoyo temporal para mitigar los riesgos de desempleo en caso de emergencia)] que incluye programas de apoyo a los ingresos de los trabajadores financiados por el Estado. Además, algunos derechos laborales de la UE se conceden sobre la base de la “ciudadanía industrial”, simplemente sobre la base del estatus de los trabajadores y con independencia de la nacionalidad (incluso si se es TCN [miembro de Terceros Países en la UE]). Consideramos que se trata de posibles baluartes colectivos contra el liberalismo global desencarnado, especialmente si se conceden sobre la base de la europea y no sólo de la nacional.

Presentamos estas sugerencias embrionarias para sugerir una agenda mucho más amplia que las diversas transiciones podrían combinar para lograr, con un enfoque especial en la transición social. Los sindicatos serán actores clave en este , empezando por la democracia industrial y económica, si quieren insistir en que la democratización de las empresas no puede producirse

simplemente detrás de una cortina opaca de normas de privacidad dictadas por el capital. Estas formas innovadoras de responsabilidad democrática que se centran en la transparencia y en la participación activa de los ciudadanos en la toma de decisiones son fundamentales para la transición social. La participación ciudadana encierra un importante potencial transformador. Cuando se ponen en marcha procesos horizontales de responsabilidad mutua entre los ciudadanos, y cuando los ciudadanos exigen la rendición de cuentas de la autoridad pública en sentido vertical, es probable que los ciudadanos antes atomizados redescubran el “poder del poder organizado” a medida que toman conciencia de las raíces comunes de sus diversas y a menudo conflictivas quejas, por ejemplo, las raíces sistémicas de la injusticia sistemática (Azmanova 2012). El movimiento sindical europeo se encuentra en una posición privilegiada para impulsar este proceso de transición de las dimensiones particulares a las sistemáticas y sistémicas de la agenda de justicia social, ayudando así a construir las poderosas solidaridades y alianzas que necesitamos para navegar por las cuatro grandes transiciones de nuestro.

Referencias

Apostolidis P. (2019) *The fight for time: Migrant day laborers and the politics of precarity*, Oxford University Press.

Apostolidis P., Weeks K., Maignascha B., Barvosa E., Bassel L. and Schaap A. (2022) The politics of precarity, *Contemporary Political Theory*, 21, 142–173. <https://doi.org/10.1057/s41296-020-00435-z>

Arriola Palomares J. (2007) Los fundamentos macroeconómicos y estructurales de la precariedad laboral, *Sociedad y Utopía: Revista de Ciencias Sociales*, 29, 159-183.

Azmanova A. (2012) *The scandal of reason: A critical theory of political judgment*, Columbia University Press.

Azmanova A. (2020a) *Capitalism on edge: How fighting precarity can achieve radical change without crisis or utopia*, Columbia University Press.

Azmanova A. (2020b) Viral insurgencies: Can capitalism survive Covid?, *Theory and Event*, 23 (4), S87-S109. <https://muse.jhu.edu/article/775405>

Azmanova A. (2021) Fighting precarity: A paradigm shift from equality-in-prosperity to solidarity-in-wellbeing, *The Progressive Post*, 15 February 2021. <https://progressivepost.eu/fighting-precarity-a-paradigm-shift-from-equality-in-prosperity-to-solidarity-in-wellbeing/>

Azmanova A. (2022) Six ways to misunderstand precarity: Reflections on social angst and its political offspring, *Emancipations: A Journal of Critical Social Analysis*, 1 (3), article 2.

Azmanova A. and Galbraith J. (2020) Disaster capitalism or the Green New Deal, *Progressive International*, 14 May 2020. <https://progressive.international/blueprint/8b29fc89-4ac5-4f16-aa82-848f354383dd-azmanova-galbraith-disaster-capitalism-or-the-green-new-deal/en>

Azmanova A. and Howard B. (2021) Binding the guardian: On the European Commission’s failure to safeguard the rule of law, European Parliament. <https://claredaly.ie/wp-content/uploads/2021/11/BindingtheGuardian.pdf>

- Bagg S. (2021) Fighting power with power: The administrative state as a weapon against concentrated private power, *Social Philosophy and Policy*, 38 (1), 220-243. <https://doi.org/10.1017/S0265052521000297>
- Battilana J., Yen J., Ferreras I. and Ramarajan L. (2022) Democratizing work: Redistributing power in organizations for a democratic and sustainable future, *Organization Theory*, 3 (1). <https://doi.org/10.1177/26317877221084714>
- Begg I., Bongardt A., Nicolaïdis K. and Torres F. (2015) EMU and sustainable integration, *Journal of European Integration*, 37 (7), 803-816. <https://doi.org/10.1080/07036337.2015.1079375>
- Choonara J., Murgia A. and Carmo R. M. (eds.) (2022) *Faces of precarity: Critical perspectives on work, subjectivities and struggles*, Bristol University Press.
- Countouris N., Jagodziński R. and Theodoropoulou S. (eds.) (2021) *Benchmarking Working Europe 2021*, ETUI and ETUC.
- Deakin S. (2021) Industrial democracy and inequality, in Countouris N., Jagodziński R. and Theodoropoulou S. (eds.) *Benchmarking Working Europe 2021*, ETUI, 156-172.
- De Spiegelaere S., Hoffmann A., Jagodziński R., Lafuente Hernández S., Rasnača Z. and Vitols S. (2019) Democracy at work, in Jepsen M. (ed.) *Benchmarking Working Europe 2019*, ETUI, 67–89.
- Garcia-Bercero I. and Nicolaïdis K. (2022) Europe's power surplus: Legal empathy and the trade/regulation nexus, in Fahey E. (ed.) *Understanding the EU as a good global actor: Ambitions, Values and Metrics*, Edward Elgar, 19–36.
- Gramsci A. (1924) Against pessimism, in Hoare Q. (ed.) (1978) *Antonio Gramsci: Selections from political writings (1921-1926)*, Lawrence and Wishart.
- Klein N. (2005) The rise of disaster capitalism, *The Nation*, 14 April 2005. <https://www.thenation.com/article/archive/rise-disaster-capitalism/>
- Nicolaïdis K. (2010) Sustainable integration: Towards EU 2.0? The JCMS Annual Review Lecture, *Journal of Common Market Studies*, 48 (s1), 21–54. <https://doi.org/10.1111/j.1468-5965.2010.02092.x>
- Nicolaïdis K. (2019) Sustainable integration: The silver lining of a democratically challenged EU, in Twelve Stars Initiative and Bertelsmann Stiftung (eds.) *Twelve stars: Philosophers chart a course for Europe*, Verlag Bertelsmann Stiftung, 117–126.
- Nicolaïdis K. (2020) Reimagined democracy in times of pandemic, in Poiares Maduro M. and Kahn P. W. (eds.) *Democracy in times of pandemic: Different futures imagined*, Cambridge University Press, 168–181.
- Nicolaïdis K. (2021) The democratic panopticon, *Noema*, 6 July 2021. <https://www.noemamag.com/the-democratic-panopticon/>
- Nicolaïdis K. and Merdzanovic A. (2021) *A citizen's guide to the rule of law: Why we need to fight for the most precious human inventions of all time*, Columbia University Press.
- Quart A. (2018) *Squeezed: Why our families can't afford America*, Harper Collins.
- Standing G. (2011) *The precariat: The new dangerous class*, Bloomsbury Publishing.

Youngs R., Milanese N. and Nicolaïdis K. (2022) Informal civil society: A booster for European democracy?, Carnegie Europe, 23 March 2022. <https://carnegieeurope.eu/2022/03/23/informal-civil-society-booster-for-european-democracy-pub-86665>

Todos los enlaces han sido evaluados el 12.01.2023.

5.- Política radical frente a la «paradoja de la emancipación» (2024)

Azmanova, Albena (2024) "Radical Politics Facing the 'Emancipation Paradox'," *Emancipations: A Journal of Critical Social Analysis*: Vol. 3: Iss. 3, Article 5. DOI: <https://doi.org/10.55533/2765-8414.1116> Available at: <https://scholarsjunction.msstate.edu/emancipations/vol3/iss3/5>

Una mirada crítico-realista al capitalismo contemporáneo: adiós a las ilusiones

Nos encontramos en una coyuntura histórica peculiar. La forma neoliberal de capitalismo -la combinación entre mercados libres y abiertos que ha sido la fórmula dominante de la economía política durante las últimas cuatro décadas[1]- está sometida a presión, ya que se le culpa del aumento vertiginoso de las desigualdades, la inestabilidad financiera, la profundización de la explotación y la degradación medioambiental. Esto está abriendo el camino a una transformación emancipadora. Sin embargo, faltan tres factores que faciliten el cambio radical: una crisis sistémica, la probabilidad de un levantamiento revolucionario y una utopía motivadora[2].

En primer lugar, no existe una crisis sistémica del capitalismo, aparte de las crisis periódicas que le son endémicas: el capitalismo no está en su lecho de muerte, ya que la dinámica económica de creación de beneficios va bien.[3] Más que una crisis terminal del capitalismo, nos encontramos en una situación de metacrisis social: la crisis ha entrado en una crisis, se ha enroscado en sí misma en una estasis perpetua, una condición de inflamación crónica, en la que la sociedad se percibe a sí misma en crisis, pero carece de la energía para una movilización transformadora (Azmanova 2020a, 2020b).

En segundo lugar, no existe ninguna utopía viable que muestre el camino de salida. A pesar del resurgimiento de su popularidad entre los jóvenes, las utopías socialista y comunista han perdido gran parte de su atractivo, al haber sido deshonradas por las dictaduras que las habían adoptado como doctrinas gobernantes. Por eso, aunque sigan siendo intelectualmente viables, ya no son políticamente productivas, es decir, ya no poseen la capacidad necesaria para generar una movilización política significativa que produzca cambios tangibles.

En tercer lugar, las perspectivas de una revolución en el sentido de una insurgencia masiva son escasas; no parece que se esté gestando una convulsión repentina y deliberada del sistema social.

Dado que faltan esos tres factores que facilitan la transformación radical - crisis que cambia las reglas del juego, ruptura revolucionaria y utopía-, ¿cómo podemos mantener las perspectivas de una transformación social que sea radical y emancipadora?

Mi sugerencia es emprender una crítica inmanente del capitalismo contemporáneo poniendo de relieve la naturaleza “realista crítica”[4] de tal postura. Me refiero aquí al realismo crítico como una postura analítica que fue articulada por primera vez por Roy Bhaskar (1978, 1989) como una posición dentro de la filosofía de la ciencia que combina el pragmatismo filosófico[5] con el compromiso de discernir los mecanismos generativos subyacentes a los fenómenos sociales. En mi interpretación, la perspectiva realista crítica exige eliminar las consideraciones normativas a la hora de elaborar diagnósticos de las condiciones sociales (el ámbito del análisis), pero no a la hora de diseñar vías de transformación social (el ámbito de la defensa). Es decir, los valores éticos pueden estudiarse empíricamente, pero no tienen cabida entre los supuestos básicos que guían nuestros esfuerzos de diagnóstico y pronóstico. Kant, por ejemplo, adoptó esta postura al debatir las condiciones que permiten una paz duradera: desaconsejaba los supuestos sobre las virtudes morales de los actores en los análisis de los fenómenos políticos (Kant, 1795). Así pues, el realismo crítico agudiza la capacidad de crítica emancipadora al eliminar las ilusiones en el compromiso con la no dominación como orientación normativa. A mi entender, esta es la disposición filosófica que subyace a la crítica de Marx al capitalismo; también está implícita en el compromiso de los autores de la primera generación de la Escuela de Frankfurt con la eliminación de la opresión en lugar de la elaboración y aplicación de utopías.

Una postura realista crítica sobre la crítica inmanente, entonces, reconocería las deficientes condiciones empíricas habilitantes para alcanzar objetivos normativamente deseables. A su vez, entenderé los objetivos de la acción emancipadora en el sentido mínimo de la “práctica de la política crítica”, es decir, una práctica orientada por el compromiso de reducir la opresión (contrarrestar la dominación) más que por las aspiraciones de avanzar hacia un objetivo definido normativamente.[6]

Defender una posición crítico-realista al realizar una crítica inmanente del capitalismo contemporáneo elimina el juicio normativo al discutir la crisis capitalista, la revolución anticapitalista y las utopías postcapitalistas como fenómenos sociales. En otras palabras, no estoy defendiendo que rehuyamos la crisis, la ruptura revolucionaria o la confianza en la utopía, basándome en un juicio sobre su conveniencia -mi postura normativa aquí con respecto a la crisis, la revolución y la utopía es irrelevante para el análisis que emprendo. Por lo tanto, admitir que estos factores que facilitan el cambio radical están efectivamente ausentes en esta coyuntura histórica particular nos ayudará a sacudirnos el pensamiento ilusorio que tiende a estropear muchos análisis de la izquierda. Tal , creo, ya está implícita en el compromiso de la teoría social crítica con la crítica inmanente, pero ponerla en primer plano podría ayudarnos a mantener el rumbo[7].

Discernir las perspectivas de una transformación emancipadora radical exigiría, ante todo, un diagnóstico cuidadoso de la forma de capitalismo que ahora habitamos con vistas a identificar las condiciones propicias para el cambio deseado. Estas condiciones propicias las entiendo en un doble sentido. Por un , se refieren a la finalidad y, por tanto, a la dirección de la transformación. Si las impugnaciones del orden social se originan en agravios, agravios que motivan las luchas sociales y provocan el cambio social, entonces debemos preguntarnos por el poder de movilización de estos agravios. ¿Qué injusticias se problematizan como políticamente relevantes y ergo - objeto de movilización? Por otro lado, las condiciones favorables se refieren a la emergencia de la agencia: determinadas circunstancias permiten o impiden la consolidación de la angustia social en una políticamente productiva, es decir, capaz de producir una nueva realidad sociopolítica.

Diagnóstico del capitalismo

Manteniéndonos dentro de una ontología social marxiana del capitalismo como sistema de relaciones sociales, examinemos ahora el rendimiento del capitalismo contemporáneo en tres ámbitos: (1) los resultados distributivos; (2) las instituciones estructurantes[8] que sustentan las asimetrías de poder (es decir, la propiedad privada y la gestión del capital productivo), y (3) la dinámica constitutiva del capitalismo, es decir, la búsqueda de beneficios. Surge la siguiente historia:

Resultados distributivos

La pobreza extrema y la riqueza extrema han aumentado tanto a escala mundial como dentro de los países occidentales desde el cambio de , y la discriminación por motivos de raza, sexo y otras características no económicas es omnipresente. Esto está generando una dominación relacional (el poder que tienen los actores en relación con los demás) dentro de pirámides de estratificación cada vez más pronunciadas. La lucha contra la desigualdad y la exclusión ha sido el principal credo de la crítica social y la política de protesta en las dos últimas décadas. Sin embargo, tales movilizaciones a menudo se ven acechadas por lo que he discutido como “la paradoja de la emancipación”: tienden a realzar el valor del sistema social dentro del cual se busca la desigualdad y la , aumentando así involuntariamente la legitimidad de un sistema injusto (Azmanova, 2016, 2019, 2020).

Dinámica estructural

Aquí las principales instituciones del capitalismo -la propiedad privada y el control de los activos productivos y el contrato de trabajo “libre”- siguen generando implacablemente el daño de la explotación. Esto se refuerza políticamente a través de la política de austeridad, que consolida la relación de clase incluso cuando perjudica a la clase capitalista a corto plazo (Mattei, 2022).

Sin embargo, aparece una nueva característica del capitalismo. Aunque la propiedad privada y la gestión de los medios de producción sigue siendo una institución clave del capitalismo, una institución a través de la cual se pone en práctica el afán de lucro, su efecto social y, por tanto, su importancia política, ha disminuido. Esto es así porque la clase ya no determina tan fuertemente el estatus social como lo hacía en el sigloXIXcuando Marx realizó su análisis. La economía política del capitalismo contemporáneo es diferente. A principios del siglo XXI, el capitalismo depende menos para su reproducción de la institución de la propiedad privada del capital productivo. Han proliferado las formas de propiedad y tenencia profesional; a través de los fondos de pensiones invertidos en mercados de valores, los asalariados se convierten nominalmente en propietarios del capital, aunque no tengan ningún poder de decisión sobre el funcionamiento de éste. Por otra parte, diversas instituciones, incluidas las empresas estatales e incluso los Estados, se dedican a la búsqueda de beneficios; un ejemplo de ello es China.

La globalización del capitalismo está alterando la naturaleza, la relevancia social y el efecto político de la “división de clases”. Por ejemplo, tanto los trabajadores como los empresarios de las industrias que cosechan los beneficios de las economías de escala digitales se benefician de la exposición a los mercados globales. Los empleados de estas industrias (por ejemplo, en tecnologías de la información, banca), incluso fuera de los puestos directivos, constituyen grupos socialmente privilegiados. Por otra parte, los propietarios de muchas empresas de la antigua economía industrial ven cómo sus negocios se resienten en un contexto en el que la competencia mundial por los beneficios se basa casi exclusivamente en el precio. No es de extrañar que entre los manifestantes de los Chalecos Amarillos en Francia hubiera propietarios de pequeñas

empresas de este tipo, que compartían con los trabajadores la queja por el aumento del coste de la vida.

Me parece que el sujeto revolucionario ya no puede ser preempaquetado según la estructura de clases (los indicadores nítidos del estatus de propiedad). La institución de la propiedad privada y la gestión de los medios de producción siguen ahí, pero no tienen un fuerte efecto socioestructurador: otros factores desempeñan un papel más importante (tipo de cualificación, educación, etnia) a la hora de determinar el estatus social. Por eso la importancia política de la clase está disminuyendo. En otras, las diferencias de clase ya no son políticamente productivas.

En el contexto del capitalismo globalmente integrado, los proyectos que se basan en “la lucha de clases” se encuentran con la paradoja de la emancipación de la siguiente manera: las formas no capitalistas (colectivas, públicas) de propiedad alimentan de hecho el afán de lucro. Tomemos como ejemplo la idea, ahora de moda en la izquierda, de las empresas propiedad de los trabajadores o de la capacitación de los trabajadores dándoles un puesto en los consejos de administración de las empresas. Esta solución coincide plenamente con la estrategia socialista clásica de contrarrestar la explotación eliminando la institución de la propiedad y la gestión privadas de los medios de producción. En el contexto de una carrera planetaria por los beneficios dentro de los mercados globales, una estrategia emancipadora de este tipo no haría sino aumentar la inversión personal de los trabajadores en la búsqueda de beneficios, con todas las nefastas consecuencias que ello conlleva (por ejemplo, la autoexplotación y la destrucción del medio ambiente). El resultado involuntario de una estrategia de este tipo es el sometimiento total al afán de lucro, no la emancipación del mismo. Como diría Marx, esto “transformará la relación del trabajador actual con su trabajo en la relación de todos los hombres con el trabajo”, como resultado, “la sociedad se concebiría entonces como un capitalista abstracto” (Marx, 1844).

Dinámica sistémica

¿Qué observamos en la llanura de la dinámica sistémica del capitalismo: la búsqueda del beneficio? En el contexto de la economía digitalizada y de la integración planetaria de los mercados, la búsqueda de competitividad[9] en la economía mundial se ha convertido en una prioridad política de primer orden que ha remodelado la economía política de las democracias capitalistas, especialmente mediante la desregulación de los mercados laborales y los recortes del gasto social.

En mi diagnóstico, esto ha generado dos antinomias fundamentales dentro de la economía política del capitalismo contemporáneo. La primera es la de la “empleabilidad excedentaria”, que se refiere a la contradicción entre el creciente potencial para una vida social desmercantilizada que permite la automatización, y la intensificación de las presiones de mercantilización: todos dependemos cada vez más de tener un trabajo remunerado. Este síndrome afianza más que nunca el empleo remunerado como principal valor social, incluso cuando la revolución digital crea oportunidades sin precedentes para generar riqueza social dedicando mucho menos tiempo a actividades que añaden valor al mercado. Esto, a su vez, se relaciona con la segunda antinomia, que es la de la “dependencia laboral aguda”: la economía produce cada vez menos buenos empleos, pero la dependencia de la gente del empleo remunerado sigue aumentando a medida que los salarios continúan estancándose y la austeridad implacable lleva las ayudas sociales a niveles cada vez más abismales (Azmanova 2020: 147-151).

En gran parte debido a estas dos antinomias, las presiones competitivas del capitalismo se extienden ahora tan ampliamente en la sociedad que afectan a personas de todas las clases sociales, cualificaciones profesionales, niveles de educación e incluso independientemente de los ingresos y la riqueza. El resultado es una situación de precariedad que no sólo se concentra

entre los trabajadores peor pagados y más desechables de la sociedad, sino que impregna la economía laboral en su conjunto. He hablado de esta epidemia de precariedad como una condición de vulnerabilidad económica y social generada políticamente y causada por la inseguridad de los medios de subsistencia, una forma de desempoderamiento que se experimenta típicamente como incapacidad para hacer frente a la situación. Esta sensación de incapacidad para hacer frente a la situación tiene su origen en un desajuste entre la responsabilidad y el poder, ya que la autoridad pública descarga cada vez más responsabilidades sobre los individuos y las sociedades, responsabilidades que son incapaces de gestionar[10]. La precariedad, así entendida, perjudica el bienestar material y psicológico de las personas –incluso el de los supuestos “ganadores”– y obstaculiza la capacidad de la sociedad para gestionar la adversidad y autogobernarse, como vimos durante la pandemia de COVID (Azmanova 2023).

En este sentido, la precariedad generalizada es la cuestión social de nuestro tiempo: es una injusticia social transversal que atraviesa todas las demás formas de perjuicio social. Por eso, sostengo que podría forjarse por primera vez una alianza formidable contra la fuente del capitalismo: el afán de lucro, que es la causa fundamental de la precariedad omnipresente. Aunque sea de forma inadvertida, esta movilización podría subvertir el capitalismo (en lugar de derrocarlo) y, con el tiempo, complementarlo con una nueva forma socioeconómica. ¿Es necesario nombrar, etiquetar, esta forma postcapitalista? No lo creo. El trabajo de la crítica radical es discernir las oportunidades disponibles para la transformación radical; la dirección del cambio hacia una sociedad más justa surgirá gradualmente de la lucha contra las raíces sistémicas del daño social.

El enigma de la agencia

Sin embargo, aunque la precariedad generalizada crea una oportunidad para que surja una amplia alianza de fuerzas anticapitalistas, la propia precariedad es un factor que socava la agencia transformadora. La precariedad desencadena una búsqueda de seguridad y, por tanto, alimenta la aversión al cambio (disposiciones conservadoras) o el anhelo de atajos autocráticos hacia la estabilidad (disposiciones reaccionarias) (Apostolidis 2022; Azmanova 2004, 2011, 2020a). La precariedad erosiona las solidaridades previamente existentes entre las clases sociales, ya que ahora todos quieren salvar su propio cuello. En las democracias electorales, las clases media y media-alta han sido tradicionalmente las defensoras de los pobres, que son menos activos políticamente. Tales solidaridades engendraron el consenso en torno a las políticas redistributivas del Estado del bienestar de posguerra. En la actualidad, los ricos están abandonando a los pobres, y las clases trabajadoras se vuelven una vez más contra los inmigrantes por miedo a perder el empleo. En última instancia, la precariedad debilita políticamente: quienes la padecen no tienen tiempo ni energía para el compromiso cívico.

Y así, nos enfrentamos al enigma de la agencia en nuestros tiempos: el afán de lucro intensificado y generalizado crea precariedad masiva; pero en lugar de una rebelión masiva, la sed de seguridad alimenta actitudes conservadoras, estabilizando así el mismo sistema que genera la precariedad. El reto es romper este círculo vicioso, ya que no podemos desear que desaparezca llamando a la revolución. Faltan los sujetos revolucionarios, y esta vez no es porque estén cooptados por el capitalismo y seducidos por la calma del consumo vulgar (en las diversas versiones de la tesis de la “falsa conciencia”). Más bien, los potenciales sujetos revolucionarios están asustados, totalmente motivados por el miedo y culpándose a sí mismos de su incapacidad para hacer frente a la situación.

Aquí se completa la paradoja de la emancipación: La precariedad (generada por el afán de lucro desbocado) desempodera a las personas, privándolas de capacidad de acción, aunque genere un interés ampliamente compartido por superar el capitalismo. De ello se deduce que tenemos que empoderarlas disminuyendo la precariedad mediante las políticas familiares de la democracia económica (por ejemplo, la protección del empleo y la distribución de la riqueza). Sin embargo, tales políticas también alivian el daño experimentado que fomenta las actitudes antisistémicas. Romper este punto muerto es el mayor reto al que se enfrenta hoy la política transformadora radical.

Obras citadas

Apostolidis, P. (2022). "Desperate Responsibility: Precarity and Right-Wing Populism," *Political Theory*, 50(1), 114–141.

Azmanova, A. 2023. "Precarity for All", *Post-neoliberalism*, online symposium of OSUM Economic Democracy Initiative (29 November): <https://www.postneoliberalism.org/articles/precarity-for-all/>

_____ (2020a). *Capitalism on Edge: How Fighting Precarity Can Achieve Radical Change Without Crisis or Utopia*. New York: Columbia University Press.

_____ (2020b). "Anti-Capital for the XXIst Century (on the metacrisis of capitalism and the prospects for radical politics)," *Philosophy and Social Criticism* 46/5 : 601-612.

_____ (2022). "Rethinking Capitalism in the Twenty-First Century: The Tasks of Radical Critique," *Rivista Italiana di Filosofia Politica* 2: 83-101.

_____ (2012). *The Scandal of Reason. A Critical Theory of Political Judgment*. New York: Columbia University Press.

_____ (2011). "Against the Politics of Fear: On Deliberation, Inclusion, and the Political Economy of Trust," *Philosophy and Social Criticism* 37/2: 401-412.

_____ (2004) "The Mobilisation of the European Left in the Early 21st Century," *European Journal of Sociology* 45/2:273-306.

Agnoletto, S. (2018) "Periodic Crises in Capitalism: Pathological or Restorative?," *Science & Society* 77/4:459-485.

Allen, A., Apostolidis, P., Azmanova, A., and Ypi, L. (2023). "The ends of radical critique? Crisis, capitalism, emancipation: a conversation," *Journal of Political Power*, 16/1: 101-124.

Bhaskar, R. (1978). *A Realist Theory of Science* (Hassocks: Harvester Press).

_____ (1989). *The Possibility of Naturalism: A Philosophical Critique of the Contemporary Human Sciences* (Hassocks: Harvester Press).

Gallup. (2023). *State of the Global Workplace: 2023 Report* <https://www.gallup.com/workplace/349484/state-of-the-global-workplace.aspx>

Janzen, D. (2022). "The Ends of Capital: Terminal Crisis and the Substance of Value," *Historical Materialism*, 30/2: 29-55.

Kant, I. (1795). *Perpetual Peace. A Philosophical Sketch*. Trans. Mary Campbell Smith. London: Swan Sonnenschein & Co. 1903.

Mattei, C. (2022) *The Capital Order: How Economists Invented Austerity and Paved the Way to Fascism*, University of Chicago Press.

Marx, K. (1844). "Economic and Philosophic Manuscripts of 1844," in *The Marx-Engels Reader*, edited by Robert C. Tucker. 2d ed. (New York: W.W. Norton, 1978); pp. 70-79.

Notas

[1] La doctrina política neoliberal que impregnó la corriente política dominante de las sociedades occidentales a finales de la década de 1970 combinaba el laissez-faire en la política económica nacional (es decir, mediante la privatización de los activos públicos y la desregulación de los mercados de productos y de trabajo) con la apertura de los mercados nacionales a la competencia económica mundial a través del libre comercio como componente de política económica exterior del cambio. A pesar de las diversas variaciones nacionales en su aplicación, esta doctrina ha impulsado el desmantelamiento del Estado del bienestar de posguerra y la construcción de un capitalismo integrado a escala mundial, basado en el principio del libre mercado.

[2] Estas reflexiones se basan en mi libro *Capitalism on Edge: How Fighting Precarity Can Achieve Radical Change Without Crisis or Utopia* (Nueva York: Columbia University Press, 2020). Véase también Azmanova (2022) y Allen et al. (2023).

[3] Para un debate de opiniones opuestas sobre la "crisis terminal del capitalismo", véase Janzen (2022). Suscribo la postura de que las crisis cíclicas forman parte de la dinámica restauradora del capitalismo. Para una buena exposición de este punto de vista, véase Agnoletto (2013).

[4] Me refiero aquí al realismo crítico como perspectiva de análisis, una postura analítica que fue articulada por primera vez por Roy Bhaskar (1978, 1989) como una posición dentro de la filosofía de la ciencia que combina el pragmatismo filosófico con el compromiso de discernir los mecanismos generativos subyacentes a los fenómenos sociales. En mi interpretación, también aboga por eliminar las consideraciones normativas a la hora de elaborar diagnósticos de las condiciones sociales, pero no a la hora de abordar las vías de transformación social. Kant, por ejemplo, adoptó una de este tipo al debatir las condiciones que posibilitan una paz duradera: desaconsejó los supuestos sobre las virtudes morales de los actores en los análisis de los fenómenos políticos (Kant, 1795). En otras , el realismo crítico agudiza la capacidad de crítica emancipadora al eliminar las ilusiones en el compromiso con la no dominación como orientación normativa. A mi entender, esta es la disposición filosófica que encontramos en la crítica de Marx al capitalismo; también está implícito en el compromiso de los autores de la primera generación de la Escuela de Fráncfort con la eliminación de la opresión más que con la implantación de una utopía.

[5] Me refiero a la idea del pragmatismo filosófico de que conocer el mundo es inseparable de actuar en él, es decir, que el conocimiento procede de las prácticas, no es un reflejo del mundo independiente de esas prácticas; esto no significa que la realidad no exista independientemente

de nuestra conciencia y conocimiento de ella. (Véase la entrada “Pragmatism’ en la Stanford Encyclopedia of Philosophy: [//plato.stanford.edu/entries/pragmatism/](https://plato.stanford.edu/entries/pragmatism/)).

[6] Debo el término “práctica de la política crítica” a mi alumno y colaborador Raphael Wolff.

[7] Es este fracaso a la hora de mantener el carácter crítico-realista de la crítica inmanente lo que llevó a Habermas a realizar un suave giro trascendentalista en la teoría crítica en la década de 1970, cuando recentró la empresa crítica en torno al (feliz) concepto de racionalidad comunicativa y, más tarde, de “ética del discurso”. En su intento de discernir fundamentos seguros de juicio normativo reflexionando sobre las condiciones comunicativas previas de la cognición, Habermas propuso fundar una ética universal sobre el principio del diálogo, impulsando la noción de “una concepción racional de la justicia” hacia una posición ventajosa de la crítica. La idea era que una comunicación bien estructurada -libre de las distorsiones provocadas por el poder, el dinero y la ideología- puede conducirnos a un interés universal demostrable racionalmente. Este movimiento desvió la empresa crítica de una crítica diagnóstica del capitalismo y la reconfiguró en una teoría democrática cargada de normas que está mal equipada para abordar los motores socioestructurales de la opresión. Véase Azmanova 2012, capítulo 3.

[8] Prefiero hablar de “instituciones estructurantes” o “instituciones con efecto estructurante”, en lugar de “estructuras”, para evitar la cosificación de “estructura”. La división de la sociedad en dos clases (propietarios del capital y trabajadores) se basa en la institución de la propiedad privada de los medios de producción. La estructura de clases es un resultado del funcionamiento de esa institución concreta.

[9] La competitividad en la economía mundial, que se convirtió en una prioridad política explícita hacia del siglo XX, a menudo exige la supresión de la competencia (el principal principio del capitalismo liberal) para determinados agentes sociales con el fin de potenciar las ventajas que ya tienen en el mercado mundial.

[10] Los niveles de estrés y agotamiento en el lugar de trabajo han ido en aumento en todo el mundo durante más de una década y actualmente se encuentran en máximos históricos, según el informe anual de Gallup que abarca 116 países (Gallup, 2023).

ÍNDICE

Albena Azmanova.....	1
Textos traducidos.....	1
1.- Una metacrisis del capitalismo (2020).....	2
2.- Postcapitalismo: El retorno de la crítica radical (2021).....	4
La matriz marxiana de la crítica emancipadora.....	5
El eclipse de la política identitaria.....	5
El retorno de la crítica estructuralista.....	6
El vigor y la escasez de la crítica sistémica.....	8
Referencias.....	11
Notas.....	14
3.- Seis maneras de malinterpretar la precariedad: Reflexiones sobre la angustia social y su descendencia política (2022).....	15
Resumen.....	15
4.- Democracia con visión de futuro: la clave para una transición socialmente sostenible en Europa (y más allá) (2023).....	30
Introducción.....	30
RETOS DE LA TRANSICIÓN.....	31
Precariedad: un malestar social agudo.....	33
Las corrosivas ramificaciones políticas de la precariedad.....	35
El dilema del tiempo en Europa.....	36
REMEDIOS: LA RENOVACIÓN DE LA DEMOCRACIA.....	37
Referencias.....	40
5.- Política radical frente a la «paradoja de la emancipación» (2024).....	43
Una mirada crítico-realista al capitalismo contemporáneo: adiós a las ilusiones.....	43
Diagnóstico del capitalismo.....	45
El enigma de la agencia.....	47
Obras citadas.....	48
Notas.....	49

